

## Otro punto de vista

Colocado el cuadro á la altura debida y recibiendo la luz que requiere, ¿para qué moverlo? Una cuarta más á la derecha ó á la izquierda podría matar el efecto.

Lo mismo digo de Ferrer. Colocado en la opinión y la historia en un sitio tan preeminente cual nunca pudo soñar, ¿para qué pedir la revisión de su proceso? Dejéle donde está.

Mártir para los unos, símbolo para los otros, execración para los clericales, estigma para el catolicismo... ¿puede haber glorificación más grande para la memoria de un hombre? Si pudiera resucitarse en la situación que estaba á primeros de Julio, y preguntarle si trocaba su muerte por aquella vida, de seguro exclamaría: «¡No!»

Porque la fama suya no parte de su vida; está en su muerte. Supongámonle reconciliado con la Iglesia en la capilla; yendo al cuadro sostenido por dos soldados; pronunciando al verse frente á los fusiles que le apuntaban una vulgaridad jactanciosa, y hombre muerto. Pero muerto del todo, y enterrado para in eternum en la tumba del olvido. Mientras que ahora...

La revisión, caso de que se efectuara, quitaría relieve á la figura de Ferrer, sobre todo si se comprobara su inocencia. Por esto no me explico que los que aplauden los sucesos de Julio, ó simpatizan con ellos, pidan la revisión.

Un Ferrer que, al iniciarse la rebelión en Barcelona, se hubiera acobardado y escondido, habría asesinado al Ferrer de la propaganda revolucionaria de tantos años, cubriéndole además de ignominia. El hombre que no pone en armonía sus obras con sus palabras en los casos difíciles, merece y recibe el desprecio universal.

Hay también falta de lógica en los que piden la revisión del proceso de Ferrer, y aplauden la rebelión. Si el no haber tomado parte en ella es mérito, ¿por qué anatematizan á los que, pasando por revolucionarios, se abstuvieron de ayudar á los que luchaban?

La demostración de la inocencia de Ferrer, lo repito, iría contra él primeramente. No había sido, no, lo que el mundo creyó al ser fusilado: un convencido, un revolucionario, un hombre; sino un señor que fundaba escuelas, vendía libros y merecía ser sumado con los vocingleros que caracterizó tan gráficamente esta frase célebre: «armémonos todos, y vayan ustedes.»

De manera que lo mejor sería dejarlo todo como está, no sólo por carecer la revisión de finalidad práctica, sino por evitar antagonismos entre el pueblo y el ejército, las dos únicas entidades verdaderamente indispensables para la vida de la patria; y aún más que por todo eso, por no echar sobre Ferrer el peso de una inocencia absoluta que, sin añadir un átomo de execración sobre los que ordenaron fusilarle, empañaría algún tanto su memoria como revolucionario, cualidad de la que tanto se envanecía.

Serenidad, calma y buen juicio en todos, y reservemos los bríos que íbamos á malgastar y los esfuerzos que íbamos á hacer durante unos cuantos años, para aplicarlos en breve á otros empeños que nos permitan algún día salvar á esta patria querida de los peligros que la amenazarán mientras pueda correr el de ser gobernada nuevamente por hombres como los que se negaron á indultar á Ferrer.

JOSÉ NAKENS

## CÁLCULOS FALLIDOS

En su afán de perturbar y detener el avance del partido republicano, los restauradores facilitaron la propaganda del socialismo; y mientras estuvo frente á él, lo halagaron y lo mimaron.

Como el divorcio de esos dos partidos no tenía razón de ser, se han unido al fin, y hoy los restauradores tratan á los socialistas con desdén y con dureza, olvidándose de los tiempos en que los animaron.

Igual les ha sucedido con los carlistas á los conservadores. Por odio á la libertad y la democracia han dado alientos á las Ordenes religiosas, y hoy se encuentran con que éstas, que á ratos parecía como que estaban divorciadas del carlismo, han tomado pretexto de los sucesos de Barcelona para unirse á él, y preparar, como están preparando,

un movimiento de fuerza, á juzgar por lo que dicen.

De donde resulta: que unos restauradores han vendido la libertad y la democracia por temor á los republicanos, y otros han traicionado al trono por miedo á la libertad y la democracia.

Y que el rey obraría en justicia, si en el momento mismo que los carlistas se lanzasen al campo en defensa de lo que llaman sus derechos dinásticos, formase un Ministerio con hombres decididos á juzgar militarmente á todos los conservadores, y á los liberales que lo merecieran, por el delito de alta traición, sentenciándolos á la pena á que se hubieran hecho acreedores.

Y lo mismo debería hacer el pueblo si, por fortuna, llegara á verse en posesión de su soberanía estando los carlistas en el campo.

Porque si traidores han sido los unos con el trono constitucional que juraron defender, dando vida y alientos, y proporcionando fuerzas y recursos al carlismo, traidores han sido los otros con el pueblo mermando derechos y libertades, y abrumándole bajo el peso de millares de parásitos que le chupan su sangre.

Y en cualquiera de ambos casos merecerían que se les aplicase el condigno castigo.

## Crimen sin Código

Y si con el trono y el pueblo se han portado así, no se han portado mejor con el Ejército.

Mandarlos á una guerra injustificada sin ponerlos antes en condiciones de lucha, llevando su imprevisión á unos extremos que han centuplicado el número de víctimas, crimen político es para el cual no hay castigos bastante duros en ningún Código.

Y cuando se comprende perfectamente esto, es cuando se leen párrafos como el siguiente, y no en periódicos avanzados, sino en uno que defiende á los mauristas: *El Mundo*. He aquí lo que publicó el domingo último:

«Léase lo que dice, á propósito de las recientes campañas de Francia en Marruecos, el dictamen de M. Doumer sobre los créditos suplementarios de 1909: «Desde 1907, sea en Uxda, sea en Casablanca, sea en Chauiá, sea en el Alto Guir, hemos realizado operaciones militares de una importancia grande y de un valor real. El máximo de los efectivos empleados ha sido en Chauiá, de 14.788 hombres; en la región de Uxda, de 11.199; en el Alto Guir, de 9.436 en total, 35.418 hombres, lo que es una cifra mínima en comparación de los efectivos de otras expediciones y dada la extensión territorial de las operaciones y los resultados obtenidos. En cuanto á la prudencia con que esas operaciones han sido dirigidas, otra cifra la juzga eloquentemente. En más de dos años, sobre esos tres teatros de la guerra, no hemos tenido más que 173 muertos y 584 heridos. Rara vez se ha dado el caso de una oficialidad que, con éxito mayor, preservara la vida de sus hombres.»

Basta estampar esa cifra de muertos y heridos, para que el pecho de todo español estalle en ira, al pensar en las numerosas víctimas que nos han causado la ineptitud, la imprevisión y la soberbia de los conservadores. El haber ido á la guerra, podrán defenderlo con sofismas; el haber enviado á ella al Ejército en la forma que fué, eso no hay manera de defenderlo.

Y después de lo copiado, añade *El Mundo*:

«Cualquier comentario sería ocioso. De aquellas regiones vastísimas, algunas de ellas tan montañosas como el Rif—ejemplo, la de los Beni-Suassen—los franceses son hoyamos absolutos. ¿Cuántas fortalezas han construido ellos? Nosotros vamos á erigir cuarenta y tres fuertes, sin duda porque no somos dueños absolutos del terreno que ocupamos. Y para poder permitirnos el lujo de fortificar colinas, llanuras y barrancos, hemos hecho una campaña desastrosa y sangrienta, en la cual la suma de nuestras bajas—muertos, heridos y enfermos—ha sido superior á la totalidad del contingente enemigo contra el que tuvimos que combatir.»

¿Qué añadir á esto? Que si España consintiera la vuelta al poder de los hombres que han hecho eso con el Ejército, merecería ser repartida como botín de guerra á los rifeños. Ellos, al menos, han demostrado que saben luchar por su independencia. Nosotros, consintiendo la vuelta de los conservadores, demostraríamos que no sabíamos luchar ni por nuestra dignidad.

## Al Sr. Moret

Se le presenta á usted la ocasión más propicia para hacer olvidar todos sus desaciertos como político, todas sus debilidades como gobernante y todas sus cobardías como liberal.

El carlismo se prepara para echarse al campo; toda la política del partido conservador parece haber sido encaminada á prepararle el terreno. Hágase usted el caudillo de la libertad contra él, y salvará este país, dejando nombre glorioso en la Historia.

No le hablo á usted como republicano: le hablo como patriota. Muchas veces he dicho que apoyaría contra los carlistas á un gobierno monárquico constitucional, aunque por este hecho el trono se afirmase más. Uno de mis lemas políticos es éste: *antes que el carlismo, la anarquía*. Y no esa anarquía fraternal, equitativa, idílica, con que sueñan los espíritus generosos, sino la otra: la que significa desgobierno, confusión, caos, sangre, exterminio; la de los terroristas, en suma; más claro y mejor dicho: la que han implantado los clericales siempre y donde quiera que han dominado por completo.

Y como patriota le digo, que está usted obligado á comenzar desde ahora á desbaratar los planes del carlismo dictando medidas energéticas contra todo aquello, personas ó organismos, que lo representen, lo apoyen ó lo secunden; no sólo porque debe defender á todo trance la libertad, sino hasta por fidelidad á ese mismo rey que ha puesto en sus manos la gobernación del Estado. Lo que ha hecho Maura pudiera merecer bien el nombre de traición: á pretexto de defenderlo contra la democracia, ha dejado el trono expuesto á los ataques del carlismo.

Fíjese usted bien, Sr. Moret, en la situación actual, y obre en consecuencia.

Los carlistas introducen armas á pretexto de que los frailes se pongan en estado de defensa contra unos revolucionarios que han dado, por primera vez en el mundo, el ejemplo de invitar á sus naturales, constantes y despiadados enemigos, á abandonar las moradas que pensaban entregar á las llamas.

Los periódicos de su comunión, que odian al Ejército más que los propios anarquistas, porque les ha impedido varias veces triunfar en el pasado siglo, lo insultan ya de la manera que lo ha hecho *El Correo Catalán*, artículo que tenía yo compuesto para reproducirlo en *El Motín*, y que he retirado al enterarme de que había sido denunciado en *España Nueva*; torpeza que no comprendo, pues ese artículo debería haber sido publicado en toda la prensa liberal, para que se enterara toda España de cómo tratan al Ejército los que han procurado catequizarlo en Melilla.

Las Ordenes religiosas, que deberían besar de rodillas el suelo que pisan los restauradores, desde Cánovas hasta Maura, y desde Sagasta hasta usted, porque todos les han permitido contra ley introducirse en España, fanatizarla, explotarla y degradarla, reclutan de diversos modos combatientes para el carlismo, y acechan traidoramente el momento de quitarse del todo la careta.

Los periódicos conservadores, para quienes los carlistas deberían ser los primeros enemigos, por serlo declarados é irreconciliables del trono constitucional, que se salvó y se sostuvo en el pasado siglo gracias á la sangre vertida y á los sacrificios hechos por los liberales, escriben ya, y no en un periódico sin importancia, sino en *La Epoca*, órgano oficial del gobierno que acaba de caer, «que tienen de común con los carlistas el principio monárquico y la religión», como si no hubiera más distancia entre la monarquía absoluta y la constitucional, que entre ésta y la democracia.

Y al decir esto, no es que yo crea á Maura capaz, siendo gobierno, de consentir que el carlismo disputara nuevamente el trono á la segunda rama; no. Y diré más; creo que ningún otro político monárquico llegaría hasta donde él en la represión del intento. Feo si por su voluntad, ó por un incidente cualquiera, dejara de reinar D. Alfonso, él, Maura, apoyaría á D. Jaime con más decisión y eficacia que González Bravo ayudó á D. Carlos cuando la revolución de 1868 privó del trono á D.<sup>a</sup> Isabel.

Y siendo así, ¿no siente usted, Sr. Moret, el noble, patriótico y democrático deseo de impedir que España se convierta por la gue-

rra en nación repartible entre tres ó cuatro, que este sería hoy fatalmente el resultado, teniendo en cuenta el odio que nos tienen algunas desde Julio acá, el desprecio con que nos miran otras, y el peligro para la civilización que todas ven en este foco pestilente de clericalismo? Atrévase usted á declarar valientemente la guerra al carlismo, atacándolo en sus raíces como planta venenosa, en sus cubiles como fiera insaciable, en los campos como cuadrilla de asesinos, en las poblaciones como incendiarios y ladrones, y se convertirá usted por este sólo hecho en el primer hombre de este país; porque será á la vez su salvador material y su regenerador moral; el que lo introduzca en el mundo moderno, apartándolo para siempre de la barbarie medioeval, el que lo redima de todos los fanatismos y lo empuje hacia las grandes luchas del trabajo y la civilización.

¿Lo hace usted? Se encontrará con un pueblo que le siga, le aplauda, lo secundé, lo defienda y le proclame el primer español: ¿No lo hace? Pasará usted á la Historia abrumado con el cargo más duro y á la vez más vergonzoso que puede hacerse á un gobernante: el de que pudo y no quiso salvar á su nación.

Elija usted.

## Tesón y disciplina

El próximo domingo va á hablar la voluntad de los ciudadanos; ellos dirán si hay que contar ó no á España entre los cadáveres; ellos dirán si somos ó no dignos de las libertades modernas.

Es cómodo culpar á los gobernantes de todos los males que nos afligen; importa averiguar si más culpables que ellos son los apáticos, los indiferentes, los que permanecen en sus casas cuando la ley pide mandatos á los ciudadanos.

Importa decir que no los gobernantes, sino el celo infatigable y despierto es quien hace la grandeza de las naciones y por ende más fácil y amable la vida; importa decir que Francia, que Inglaterra, que Alemania, que los Estados Unidos deben su prosperidad á que todos los ciudadanos ó la mayoría de ellos toman como deber inexcusable é ineludible el ejercicio total y consciente de sus derechos.

Importa decir que así como cada individuo se labra su vida, así los ciudadanos en el régimen democrático labran la vida de su país, y ésta será misera y precaria si en ellos dominan la apatía y la indiferencia, ó fuerte y sólida si todos tienen noción de su responsabilidad y de sus deberes.

Es, pues, indispensable que el domingo no se abstenga de votar un sólo elector, y es quizá asunto de vida ó muerte para muchas cosas.

Y hay más, hay otro deber: la disciplina. El domingo venidero y otros domingos algo más lejanos hay que votar por ideas, no por hombres ni por nombres; y así frente á las candidaturas que simbolizan un ideal se alcen nombres y hombres de grandísimo y merecido prestigio, el elector consciente debe sin vacilación preferir la idea á la persona.

Conciencia es disciplina, y la disciplina es condición absolutamente necesaria para la victoria. La ambición y la vanidad—siempre malas consejeras—habrán podido inducir á algunos á quebrantar las fuerzas con divisiones; el daño será grande é irreparable si la masa electoral escucha y atiende tales amamientos.

«Unión es fuerza» es lo opuesto, y por lo tanto, el complemento de «divide y vencerás». Los hombres conscientes que aman sus ideales se atenderán el domingo á la primera de estas verdades.

Y con ello se harán á sí propios un gran bien y se le harán asimismo á su país.

J. J. MORATO

## La delación religiosa

Nada tan concluyente como el documento que va á continuación, para demostrar que la Iglesia no repara en medios cuando se propone prender, torturar, quemar y despojar á quienes no se le someten.

Elevar la delación á virtud é imponerla como deber, es lo más monstruoso que puede imaginarse.



Nos los inquisidores contra la herética pravedad y apostasía, en el arzobispado de Valencia y obispos de Tortosa, Segorbe, Albarracín y Teruel, por autoridad apostólica, real y ordinaria, etc. A todos los vecinos y moradores, estantes y residentes en todas las ciudades, villas y lugares de este nuestro distrito, de cualquier estado, condición, preeminencia ó dignidad que sean, exentos ó no exentos, y cada uno y cualquiera de vos, á cuya noticia viniere lo contenido en esta nuestra carta, en cualquier manera: salud en nuestro Señor Jesucristo, que es verdadera salud, y á los nuestros mandamientos, que más verdaderamente son dichos apostólicos, firmemente obedecer, guardar y cumplir.

Hacemos saber, que ante Nos pareció el promotor fiscal del santo oficio, y nos hizo relación diciendo: Que bien sabíamos, y nos era notorio que de algunos días y tiempos á esta parte, por Nos en muchas ciudades, villas y lugares de este distrito, no se había hecho inquisición ni visita general, por lo cual no habían venido á nuestra noticia muchos delitos que se habían cometido y perpetrado contra nuestra santa fe católica, y estaban por punir y castigar; y que de ello se seguía deservicio á Nuestro Señor, y gran daño y perjuicio á la religión cristiana; y pidió que mandásemos hacer, y hiciésemos la dicha inquisición, leyendo para ello edictos públicos y castigando los que se hallasen culpados, de manera que nuestra santa fe católica siempre fuese ensalzada y aumentada. Y Nos visto ser su justo pedimento, y queriendo proveer cerca de ello lo que conviene al servicio de Dios Nuestro Señor, mandamos dar y dimos la presente, para que si supiéredes, entendiéredes ó hubiéredes visto u oído decir, que algunas personas vivas, presentes ó ausentes, ó difuntas, hayan contravenido en algo á nuestra santa fe católica, lo digáis y manifestéis ante Nos.

1.º Especialmente si sabeis ó habeis oído decir, que alguna ó algunas personas hayan dicho ó creído algunas opiniones ó palabras heréticas, sospechosas, erróneas, mal sonantes, escandalosas, etc.

2.º O que algunas personas hayan entendido ó interpretado los textos de la sagrada escritura de diferente modo que los explica y enseña la santa madre Iglesia católica, ó abusando de ellos para objetos ridículos y de mofa.

3.º O que algunas personas han guardado ó guardan la ley de Moisés, ó proferido que dicha ley es buena, ó hecho algunas ceremonias en su observancia.

4.º O si sabeis ó habeis oído decir que algunas personas hayan sido observantes de la ley de Mahoma, ó dicho que dicha ley es buena, ó hecho algunas ceremonias en su observancia.

5.º O que algunas personas sigan ó hayan seguido la falsa secta de Martín Lutero y sus secuaces, ó hayan creído ó aprobado algunas opiniones tuyas ó de otros herejes.

6.º O que algunas personas hayan dicho ó afirmado que la oración mental es precepto divino, y que la vocal importa muy poco.

7.º O que hayan encubierto, receptado y favorecido á algunos herejes dándoles favor y ayuda, ocultando y encubriendo sus personas ó bienes, ó que lean ó retengan sus libros sin licencia.

8.º O que algunas personas hayan injuriado de obra ó palabra á Dios Nuestro Señor, su Santísima Madre ó santos del cielo, ó conculcado sus imágenes, invocado al demonio, ó tenido con él pacto tácito ó expreso.

9.º O que algunas personas hayan presumido adivinar lo porvenir, y cosas ocultas, por medio de la astrología judiciaria, y otras vanas y falsas ciencias, por cómputos, sortilegios y hechos supersticiosos, ya hayan sido inducidas por craso error ó por malicia.

10.º O que algunas personas tengan libros que traten de intento contra los dogmas de nuestra religión católica y sus prácticas, ó de materias impuras, ó que por otra causa estén prohibidas por edictos y censuras del santo oficio de la Inquisición.

11.º O que algunas personas tengan en su poder estampas, pinturas ó estatuas, que presenten indecencia por su acción ó desnudez.

12.º O que alguno siendo clérigo de orden sacro, ó religioso profeso, se haya casado, ó que no siendo sacerdote haya dicho misa, ó confesado á alguna persona.

13.º O que algún confesor, de cualquier estado que sea, en el acto de la confesión, ó próximamente á ella, ó en confesionario, ó en lugar diputado para ello, aunque no se siga confesión, hayan solicitado á sus penitentes, provocando ó seduciéndolos con hechos y palabras para actos torpes ó deshonestos, ó que hayan negado la absolución al penitente por no haber querido manifestar el cómplice.

14.º O que alguna persona se haya casado segunda ó más veces viviendo su primer consorte; para que así pueda el santo oficio evitar las ofensas que contra Dios se cometen por este delito, declarando con particularidad si el reo hubiese tenido por lícita y permitida la poligamia.

15.º O que algunas personas, faltando á lo que son obligadas, hayan dejado de manifestar al santo oficio alguna de las cosas referidas, ó persuadido á otras que no lo manifestasen.

Por tanto, en virtud de la presente, anonestamos, exhortamos y requerimos, y en virtud de santa obediencia, y so pena de excomunión mayor, *late sententie (trina canonica monitione premissa)* mandamos á todos y cualesquier de vos, que si supiéredes ó hubiéredes hecho, visto u oído decir que alguna persona haya hecho, dicho, tenido ó afirmado algunas cosas de las arriba dichas ó declaradas, u otra cualquiera que sea contra nuestra santa fe católica, y lo que tiene, predica y enseña nuestra santa madre Iglesia romana, así de vivos, presentes ó ausentes, como de difuntos, sin comunicarlo con persona alguna (porque así conviene) vengais y parezcáis ante Nos personalmente, ó ante nuestros comisarios, calificadores ó ministros del santo oficio, y donde no los hubiere, ante los curas de vuestras parroquias, para que nos la hagan saber, y demos la providencia conveniente á decirlo y manifestarlo dentro de seis días primeros siguientes, despues de esta nuestra carta fuere leída y publicada, ó como de ella supiéredes, en cualquier manera: con apercibimiento que os hacemos, que pasado dicho término, lo susodicho no cumplido, además que habéis incurrido en las dichas penas y censuras, procederemos contra los que rebeldes ó inobedientes fuéredes, como contra personas que maliciosamente callan y encubren las dichas cosas y sienten mal de las de nuestra santa fe católica y censuras de la Iglesia. Y por cuanto la absolución del crimen y delito de la herejía nos está especialmente reservada, mandamos y prohibimos so la dicha pena, á todos y cualesquier confesores, clérigos y religiosos, que no absuelvan á persona alguna que cerca de lo susodicho esté culpado ó no hubiere dicho ó manifestado en el santo oficio lo que de ello supiere ó hubiere oído decir, antes la remitan ante Nos, porque sabida y averiguada la verdad, los malos sean castigados, y los buenos y fieles cristianos conocidos y honrados, y nuestra santa fe católica aumentada y ensalzada.

Y mandamos vengais á decir y declarar ante Nos las personas que supiéredes ó hubiéredes visto u oído decir que hayan cometido el crimen nefando de la sodomía, porque así conviene á la pureza de nuestra religión. Y para que lo susodicho venga á noticia de todos, y de ello ninguno pueda pretender ignorancia, se manda publicar. Dada en la ciudad de Valencia á 11 días del mes de Febrero del año 1815.

Licenciado D. Nicolás Rodríguez Lasso.—Doctor D. Pablo Acedo Rico.—Por mandado del santo oficio, doctor D. Francisco Cayetano Nogués, presbítero secretario.

Mediten despues de leer ese infame documento cuantos liberales niegan que catolicismo y clericalismo sean sinónimos, y vean si no es hora ya de decidirse á reconocerlo, confesarlo, y combatirlo.

## Contra el carlismo

Voy á reproducir á continuación algunos de los muchísimos artículos que he publicado contra el carlismo, en las épocas que El Motín no existía, ó se leía poco.

Los suscriptores antiguos los recordarán con gusto, y los que no los hubiesen leído, verán que, aun en aquellos tiempos en que me veía casi solo fustigando al clericalismo (base, amparo y fuerza del carlismo), tenía la misma preocupación que ahora: combatir sin tregua ni descanso, con todas las armas, por todos los medios y en todos los estilos, hasta en el duro, hasta en el brutal, hasta en el soez, que nunca empleo tratándose de partidos honrados y de personas dignas de respeto.

Pretender limpiar cloacas con frac y guante blanco, sería necio, ridículo é ineficaz.

## La guerra civil

Que un día u otro, mañana ó dentro de diez años, de veinte años, con monarquía ó con república, ha de estallar la guerra civil que se viene elaborando en conventos, iglesias y asociaciones religiosas, nadie lo duda, ni nadie tampoco podrá evitarlo. Que crezca y se desarrolle, esto sí que está ya en nuestra mano impedirlo.

Medios para lograrlo hay muchos; hoy me limitaré á indicar algunos de los que deben adoptarse inmediatamente que estalle, á fin de que la opinión se vaya formando poco á poco, y, llegado el momento, obremos sin vacilaciones.

En el instante mismo que se reciba en cada localidad la noticia del levantamiento de la partida más pequeña, deberán reunirse todos los ciudadanos que amen la libertad, sin distinción de matices, y, armados de palos, picas, fusiles, escopetas y algún cartucho que otro de dinamita por lo que pudieran ocurrir, dirigirse á los conventos de frailes de sus distritos respectivos. Lo que allí deben hacer, lo determinarán las circunstancias; pues aparte que no pueden fijarse reglas generales para estos casos, conviene

dejar algo á la iniciativa de los que, por ser de la localidad, conozcan las salidas y entradas públicas y secretas de los conventos, y estén al tanto de los servicios que sus moradores hayan prestado al vecindario.

Se enviarán instantáneamente dos ó tres divisiones á las provincias sublevadas, al mando de jefes y oficiales que no tengan interés en prolongar la guerra, como sucedió en la última, y se les recordará, para que lo imiten, el procedimiento empleado por Prim en Montealegre. Y no estaría de más que llevaran unos cuantos haces de teas para venir incendiando desde la frontera francesa acá todos los pueblos y caseríos que sirvieran de albergue y defensa á los carlistas, previa invitación á sus moradores para que la abandonasen, á fin de no causar más víctimas que las absolutamente precisas. Así daríamos testimonio de nuestro natural humanitario, y nos ahorraríamos municiones. Siempre es conveniente hermanar la utilidad con la economía.

Se sacará una fuerte contribución de guerra en toda España á las personas reconocidamente adeptas al carlismo, para que no carezcan de nada nuestros soldados y no pague el país los víveres que rompa el clericalismo con bofia. Y deberá hacerse tan equitativamente, y en tal proporción, y con tanta eficacia, que al acabar la guerra no haya aumentado en un céntimo la deuda pública y queden todavía unos millones de remanente para indemnizar á los liberales que hubieren sufrido pérdidas de cualquier clase.

Se traerán á Madrid los arzobispos, obispos y curas de influencia en el carlismo, y se les obligará, (siempre respetuosos con el sufragio) á nombrar dos ó tres representantes de su seno, que vayan á convencer á los facciosos de la conveniencia de deponer las armas, quedando aquí en rehenes los demás para responder subsidiariamente de la conducta de sus amigos; sabia y previsora medida que hará entender á todos, más que ninguna otra, el firme propósito de impedir á todo trance la guerra. Y es seguro que los elegidos para tan hermosa y humanitaria comisión, volverán con el ramo de oliva en la mano, símbolo de paz que hará palpitante de alegría el corazón de todas las madres españolas.

Se incautarán los ayuntamientos de todas las alhajas de las iglesias, para que los curas no las vendan y empleen su producto en balas y pólvora con que matar á nuestros soldados.

Se retirará toda clase de asignación al clero, para impedir que vaya á parar á manos de los carlistas y con nuestro dinero se nos combata; y se trasladará á todos los curas de las provincias insurrectas á las que estuvieren tranquilas, á fin de que puedan entregarse con todo sosiego á su misión de paz.

Apelando á estos sencillos medios, habría casi la seguridad de que las madres españolas no perderían en la lucha fratricida sus hijos; mas si á pesar de todo continuase, tengo otros planes en cartera, que reservo para darlos á conocer oportunamente, uno de ellos el de formar consejo de guerra á los curas en el instante que se recibiera en sus pueblos respectivos la noticia de haber muerto á mano de los carlistas un hijo de él.

Habrán tal vez espíritus meticulosos que juzguen esto un poquillo fuerte, pero á esos debo decirles:

La guerra es lo anormal, lo violento, lo ilegal, y es hermosamente ridículo, pero ridículo al fin, pretender regularla como las demás acciones humanas. Si al comenzar la pasada se hubieran tomado las precauciones que indico para impedir el desarrollo de la venidera, ni hubiese alcanzado las proporciones que alcanzó, ni habría por ahí tantas madres sin hijos, ni tantos huérfanos, ni tantas ruinas.

Y no hay que olvidar que la guerra que se elabora hoy en los antros del clericalismo, ha de ser, si no impedimos su desarrollo, más terrible que las dos anteriores, porque es la última esperanza del jesuitismo y de todos los elementos que odian la libertad en Europa.

Conque á no dormirmos; y ya que las carlistas se preparan para las eventualidades del porvenir, no pequemos nosotros de descuidados, pues esta apatía se paga luego con ríos de sangre, mares de lágrimas y montes de oro.

Alguien juzgará peligrosos los medios que propongo, por creer que la violencia puede arrastrar á muchos indiferentes al campo contrario. Error. Lo único que alienta á los que luchan en nombre de ideas caducas, es la debilidad de los que deben combatirlos, y ahí está la historia que lo demuestra. En cambio, todos sabemos que en Francia no ha vuelto á promover guerras el clericalismo, desde que el general Hoche apeló á medidas enérgicas en la Vendée.

1879

## Todos perdiendo

¿Quién ganaría en España con el triunfo del carlismo? La familia proscripta y el centenar de fanáticos que se pusieran á su devoción.

El clero perdería, porque, sobre no podersele conceder ya más de lo que la restauración le ha dado, avivaría el odio del pueblo hacia él, y á la corta ó á la larga, traería esto una revolución que no dejase cabeza de cura ni de fraile sobre los hombros, ni piedra sobre piedra en los templos.

El Ejército perdería, porque, aparte de los muchos bandidos que entrarían á deshonrar sus filas, se le sometería al sistema de purificaciones que arrojaría de él á los honrados que lo forman hoy.

La aristocracia perdería, porque el régimen absoluto la considera únicamente en relación á las abdicaciones de dignidad que sus individuos realizan.

La clase media perdería, porque, falta de libertad para moverse y desarrollarse con arreglo al progreso de los tiempos, acabaría aniquilada por la competencia que en la esfera de la industria y el comercio le hicieran las Ordenes religiosas.

Y el pueblo perdería, porque sujeto á un diapasón normal de miseria, tendría que volver en masa á la degradante sopa ó á buscar únicamente en la emigración el pedazo de pan que aún hoy halla á ratos aquí.

¿Qué más? Las mismas personas ilustradas que por romanticismo tradicional están afiliadas al carlismo, serían las primeras en arrepentirse de haber contribuido á su implantación, las víctimas preferidas por sus partidarios. Recuerden lo que hizo Fernando VII con los que contribuyeron á que recuperase el trono y más ciegamente le sirvieron. Las cárceles y los presidios se llenarían con ellos el día que el carlismo triunfase. Cuanto su rey viera que le era imposible sostener la transitoria reacción en que hoy se apoya, transigiría para seguir reinando con los liberales que no hubiera fusilado, y exterminaría á los carlistas que no coreasen su evolución.

Hombre sin otro ideal que el trono, todos los medios le parecerían buenos para conservarlo.

1894

## ¡NUNCA!

Algunos republicanos (quiero creer que pocos) se inclinan á una alianza con los carlistas para barrer lo existente.

Que hay necesidad de barrerlo, indudable es, y con una escoba muy fuerte, y además muy sucia, aunque esto último no sea indispensable, pues ya se ensuciaría al barrerlo.

¿Pero unimos á los carlistas? Ni aun en hipótesis puede pasar. Con los carlistas, á ninguna parte; ni á la República. Es preferible morir sin verla, á debérsela á esos.

Pueden levantarse los carlistas, y se levantarán si duda, el día que venga la República; pero ponerles nosotros las armas en la mano? Nunca.

¿Que es un partido honrado? No veo la honradez en un partido que alentó, disculpó y se aprovechó de los actos infames de los Saballs, los Santa Cruz, los Rosa Samaniego y los Jergones. Podrá haber carlistas honrados. El partido no lo es.

¿Que es serio? Fué la corte de Estella parodia de esta de la restauración en miserias y pequeneces, un semillero de ambiciones y rencillas; allí el favor pocas veces alcanzó al mérito; no faltaron traidores, é ineptos sobraron. ¡Y eso que estaban ante al enemigo y decían representar la causa del orden y la religión! ¿Qué no hubieran hecho si llegaran al poder?

Mas no hablemos de esto, pues la cuestión aquí es otra; se discute lo siguiente: si nosotros podemos, sin renegar de lo que somos, entendernos con los carlistas para traer la República.

Yo sostengo que no; sin que valga decir que nos impondríamos fácilmente á ellos despues del triunfo, porque esto no lo cree ningún republicano de los que piensan.

Hubo un tiempo en que dábamos escasa importancia á esos peligros; aquel en que, ansiosos de pelea, confiábamos en nuestras fuerzas; en que todos los liberales conservaban viva la tradición de sus gloriosas campañas contra los reaccionarios; en que este pobre país no había llegado al estado de postración y aniquilamiento en que hoy se encuentra, y que le impide pensar siquiera en un cambio de postura, por miedo á que venga algo que resulte peor que lo presente; en que había esperanzas en los hombres y fe en las ideas, y en que no reinaban esta indiferencia y este escepticismo que nos matan.

¿Pero hoy? Con un enemigo en cada casa, la mujer fanatizada por el cura; con muchos



contrarios en cada pueblo, los asociados con pretextos religiosos; con centros de recluta en cada ciudad, los conventos de frailes y monjas; y á la vez divididos nosotros, maltratos, sin confianza en los guías, sin recursos de ninguna clase, cómo unirnos á los que tienen todo eso que nos falta, y contar además con el apoyo indirecto de los monárquicos que hubiéramos barrido?

Por otra parte, ¿qué solución sería esa? Al día siguiente del triunfo, que indudablemente alcanzaríamos, estando ellos armados y nosotros apercibidos, comenzaría la guerra civil con más horrores que nunca, porque tenía que ser decisiva para uno de los dos bandos. Y ¡ay de nosotros si teníamos que luchar á la vez con lo caído, ó con la falange clerical entera, y nos faltaba un arranque de esos que aterrorizan por su audacia ó que se imponen por su rapidez! Don Carlos entraría en Madrid al poco tiempo.

Porque no seamos fanfarrones; los que hemos sufrido durante diez y nueve años las arbitrariedades, los atropellos y los saqueos de la restauración, sin atrevernos á protestar de otro modo que explotando las convicciones de militares republicanos para lanzarlos á la muerte, no podemos exigir que se nos crea por nuestra sola palabra cuando hablemos de desquiciarlo todo; quizás lo hagamos, pero los antecedentes no nos abonan.

Y siendo así, aun cuando nuestra vanidad nos vede confesarlo, ¿vamos á intentar traer la República aliados á los que creen firmemente que tras ella vendrán ellos? No; antes morir sin verla, repito, que facilitar á sabiendas el triunfo del absolutismo. Obrar de otro modo, sería merecer que entrara en Madrid el rey de los asesinos de Cuenca, Olot ó Igúzquiza, alumbrado, como Nerón en Roma, por la luz de las antorchas formadas con nuestros cuerpos.

1894

## SOLDADOS Y BANDIDOS

Los carlistas hacen correr la voz de que cuentan con parte del Ejército. Mienten en esa como en otras cosas; en esa más que en ninguna.

Podrá haber, hay seguramente en el Ejército jefes y oficiales carlistas, tal vez algún general; éstos podrían, si estallase la guerra, irse con D. Carlos; pero, ¿arrastrar al Ejército? No.

Pruebas mil ha dado de ello; la más grande fué cuando los monárquicos disolvieron el Cuerpo de Artillería, que los republicanos reorganizaron después. Era un Cuerpo privilegiado; pasaba por reaccionario; se vieron desposeídos de sus empleos los jefes y oficiales; y á pesar de esto, muy pocos se marcharon con D. Carlos. Prefirieron quedarse sin carrera á irse con él.

No; el Ejército no es, no puede ser carlista; se lo impide su tradición, el mar de sangre que tendría que vadear para unirse á los asesinos de sus compañeros, la ilustración que hoy posee, y cuando esto no fuera, se lo prohibiría el instinto de conservación.

Los carlistas tienen generales, jefes y oficiales, unos creados en la última guerra y otros nombrados después; han ido ascendiendo en la paz y se presentarían en campaña ostentando sus empleos. Con pocas excepciones, los individuos de ese Estado Mayor son gentes sin instrucción ni idea de lo que es el honor militar; hicieron del guerrear un oficio lucrativo, y, por lo tanto, robaron y saquearon siempre que pudieron; no pelearon con nobleza, cazaron con astucia, ó asesinaron con crueldad; el incendio les facilitó en ocasiones el triunfo que á su valor le estaba vedado. ¿Y con gentes así iba á confundirse el Ejército español? Con pensarlo se le ofende.

Pero vamos á suponer lo absurdo, á hacer probable lo imposible; que el Ejército se fuese con el carlismo, y que éste, ayudado por él, venciera. ¡Pobre Ejército al día siguiente del triunfo! Se vería sustituido por la patulea carlista, que presentaría como mérito para ser preferida su antigüedad en la defensa de la causa, su consecuencia, sus sacrificios, los hechos realizados en contra del mismo Ejército, y hasta los infames asesinatos de Ripoll, Berga, Cirauqui, Olot, Enderlaza y Abarzuza.

Ellos serían los preferidos, los halagados, los que inspirasen confianza; y si no de una vez, poco á poco la brillante oficialidad española se vería desposeída; y menos mal si, como ocurrió á raíz del 23, no se empleaba el puñal y el revólver para acabar con sus individuos en detail.

Y aunque esto no fuera, ¿qué individuo del Ejército llevaría con orgullo una condecoración que ostentase un émulo de Santa Cruz, un grado que obtuviese un imitador de Saballs? ¿Qué oficial se resignaría á tener por jefe á un asesino ni por compañero á

un ladrón? ¿Dónde irían a parar entonces las altas ideas que hoy tiene el Ejército sobre el honor y el deber? ¿Cómo podría repetir, con el orgullo que lo hace ahora, aquello de que

la milicia sólo es una religión de hombres honrados?

No; los carlistas, si lo imposible pudiera realizarse alguna vez, única manera de que obtuvieran el triunfo, no necesitarían echar á los jefes y oficiales del Ejército; ellos se irían por dignidad personal, por honor colectivo.

Nunca han sabido los carlistas disimular el odio que tienen al Ejército. En la última guerra, como en la primera, los jefes y oficiales que se pasaron á sus filas fueron siempre mirados con prevención, cuando no perseguidos, cuando no deshonrados. Se utilizaban sus servicios, porque eran los únicos que valían, pero se les odiaba en el fondo; cualquier cabecilla feroz y sanguinario alcanzaba más predicamento arriba y abajo; sirva de ejemplo Zumalacárregui en la primera guerra, Dorregaray en la segunda, Cabrera, D. Basilio, cualquier otro malvado significaba más que el primero para Carlos V; Santa Cruz, Saballs, Rosa Samaniego, eran más apreciados que el segundo por Carlos VII.

Y era lógico. En un partido que tiene por bandera el robo, el incendio y el asesinato, son los mejores aquellos que más asesinen, más incendien, más roben...

Por esta razón nunca podrán imponerse en el carlismo los jefes y oficiales del Ejército, que, ni aun en los momentos en que se batían como fieras, se olvidan de que son hombres, y honrados, y caballeros.

1894

## Mentiras probadas

Aseguran los carlistas que están á su favor los hombres de negocios, la alta Banca, los capitalistas en todos sus múltiples y variados matices, y mienten del mismo modo que cuando afirman que cuentan con el Ejército.

Se necesitaría que fuesen todos imbéciles (y no lo es ninguno cuando de sus intereses se trata), para no comprender que el triunfo del carlismo traería aparejado el reconocimiento de la deuda carlista; y que si con la nacional es imposible vivir ya, ¿qué sería de España si cargase con la de las dos guerras? Y como una vez en ese camino no habían de detenerse, ni aun queriéndolo podrían, inmediatamente vendría la anulación de las ventas de bienes nacionales.

Los hombres de negocios saben que una de las primeras cosas que harían los carlistas, según dijo en Marzo de 1873 el correspondiente que *El Times* tenía en Estella, por haberse oído al propio D. Carlos, sería no reconocer ninguna clase de deuda de las contraídas por los gobiernos españoles desde que se inició el movimiento carlista del 69.

Otro de los medios de que se valen los carlistas para reclutar gente en los distritos rurales, es decir que devolverán sus bienes á los pueblos; ellos, á quienes los vascongados tuvieron que poner á raya para que no se les comiesen hasta las piedras; ellos, que hacen del robo un oficio y una religión del saqueo.

Piensen los pueblos en que esto no puede hacerlo un rey que tiene forzosamente que apoyarse en las clases conservadoras, que son las que compraron esos bienes; y que, de ser posible hacerlo, tendrían que buscarlo por otros caminos.

No digo eso; ni siquiera la devolución de los bienes del clero podría decretarse, dado que los descendientes de los primitivos compradores son hoy los principales auxiliares del carlismo.

Desprecien, pues, esos ofrecimientos, que únicamente van encaminados á embaucar al pueblo para que él mismo se ponga la cadena al pie y se la remache.

1895

## La charanga carlista

Unos directa, y otros indirectamente, varios á las claras, y muchos en la sombra, todos los curas y los frailes trabajan por encender la guerra civil.

El vulgo no se fija más que en los que descaradamente predicán la insurrección, sin advertir que, así como en una orquesta hay instrumentos que apenas se oyen y otros que sólo dan notas aisladas y con grandes intervalos, pero que contribuyen poderosamente á la belleza artística del conjunto, así en la charanga carlista cada individuo aporta al levantamiento que se prepara la parte que corresponde al puesto que

ocupa, los medios de que dispone y el campo en que se agita.

El obispo que combate el liberalismo en sus pastorales, el clérigo que vocifera contra él en el púlpito, el jesuita que abre su colegio para pervertir los hijos de los liberales, el fraile que cierra las puertas del cielo á todo el que tiene sentido común y lo usa, el neo que crea sociedades de polizontes con el pretexto de velar por la moral, los que fundan asilos benéficos ó forman cofradías, todos aquellos, en fin, que combaten la obra revolucionaria, no son más que músicos de la gran charanga carlista que ensayan esa partitura terrible titulada *Guerra civil*, que arrancará á la nación ayes de agonía, y le hará verter ríos de sangre y mares de lágrimas.

No hay que fijarse en que si éste se pone en contradicción con aquél, en que si lo que uno dice desmiente lo que dice otro. Si cada instrumento de una orquesta lanzase aisladamente sus notas, resultaría una barahunda infernal; bajo la batuta del director, las más discordantes al parecer suelen ser las que más contribuyen al efecto armónico.

Desde el periódico liberal que calla ante el crimen si es clérigo quien lo comete, hasta el jesuita disfrazado de republicano que, aparentando descreimiento, dice que es de mal gusto hablar contra el clero; lo mismo el que fingiendo respeto á la opinión ajena permite á su familia practicar actos religiosos de que él se burla, que quien permanece indiferente ante las procacidades y manejos de los enemigos de la libertad, todos son músicos de la charanga carlista, y contra todos podemos proceder el día que se dispare el primer tiro en el campo, pues todos habrán contribuido á que el carlismo, fabricante de cadáveres al por mayor, vuelva á empedrar las montañas con huesos de liberales y á encharcar los valles con su sangre.

1896

## Programa falso

El carlismo vive de la farsa y la mentira como ninguno otro partido en España.

Se titulan sus partidarios defensores de la religión, y profanan las iglesias asesinando en ellas á los liberales, incendiándolas cuando no pueden tomarlas y robando los objetos de valor que contienen, fundiendo las campanas para hacer cañones, moviéndose de los eclesiásticos que van en sus filas y robando y asesinando á los que no se les unen.

Se proclaman guardadores de la propiedad, y saquean las poblaciones, queman las casas, talan los campos, destruyen el ferrocarril y el telégrafo, y los puentes, y las estaciones, y los coches de viajeros, y las mercancías, y todo lo que les viene á mano.

Se dicen paladines de la moralidad, y blasfeman, fuerzan, violan sin respetar edad ni condición, siguiendo en esto el ejemplo del que jamás se detuvo ante respeto alguno para saciar sus brutales apetitos groseros: ese que llaman su rey.

Hablan de patria, y convierten la suya en un montón de ruinas, matando á la vez su riqueza, impidiendo su prosperidad, llevándola á la miseria por la despoblación, al aniquilamiento por la devastación, á la bancarrota por los enormes gastos que para combatirlos se ve obligada á hacer.

Ofrecen leyes descentralizadoras, y se rebelan contra los fueros de las provincias Vascongadas y Navarra, porque les impiden saquearlas á sus anchas.

Truenan contra las perturbaciones del liberalismo, y estando en guerra, donde la unión se impone, se calumnian, se destruyen, viven en constante intriga.

En suma: que no practican nada de aquello en cuyo nombre dicen que se lanzan á la lucha.

Y en cuanto á la conducta que siguen, nada pueden echarle en cara al partido monárquico que más haya prevaricado dentro del régimen liberal en lo de cometer execraciones, agios ó robos; tales han sido los suyos.

Por no tener los carlistas, ni tienen siquiera convicciones. Los más de ellos no han sabido nunca, ni lo saben hoy, por qué lo fueron y lo son. Unos, porque les gustaba la vida del guerrillero; otros, porque lo eran desde el 35, época de positivas convicciones; otros, porque esperaban hacer más carrera; otros, porque su mala índole hallaba campo en las perturbaciones de la guerra; y si muchos continuaban en el partido, es tan sólo por rutina, por amor propio, por compromiso y por especulación algunos.

Porque, en definitiva, ¿puede esperar España algo bueno, útil ni patriótico del carlismo? ¿Nuevas formas políticas? ¿Poder? ¿Honra? ¿Gloria? ¿Ciencia? ¿Arte? ¿Industria? ¿Comercio? ¿Agricultura? ¿Influencia

internacional? No, sino venganzas, suplicios, asesinatos, robos, incendios, violencias y saqueos dentro de España; descrédito y deshonra fuera.

Y siendo así y estando convencidos todos de que no puede ser de otra manera, ¿cómo se explica el que la prensa liberal ayude al carlismo, contándonos casi á diario lo que sus hombres piensan, lo que proyectan, lo que D. Carlos dice, extraviando así la opinión y dando pretexto para que se crea que vivimos de la misericordia de esos trabaucadores?

Duro es declararlo, pero sin el auxilio que les prestan los periódicos liberales, no se atreverían los carlistas á lanzar amenazas contra lo que todos amamos ni á prepararse públicamente para la guerra.

Hora es ya de que esto acabe y de pensar en que las diferencias entre la gran familia liberal pueden desaparecer ante próximos acontecimientos; pero que ante el carlismo no debemos honrada y dignamente lanzar otro grito que el de exterminio!

1897

## Remachando el clavo

Los restauradores han permitido que el carlismo se desarrolle en odio á la revolución, para que la perturbe el día que triunfe. Como la revolución no ha estallado, se les ha echado encima á ellos el problema.

Green que, contando con el Papa y algunos obispos, podrán contrarrestar á los carlistas el día que se lancen al campo. Error. A curas y frailes les tiene sin cuidado los de la mitra y el de la tiara cuando del carlismo se trata.

Los liberales que, ciegos ó hipócritas, han aparentado escandalizarse por mi campaña contra el clericalismo, ahora verán claro.

El cura en España es carlista, con pocas excepciones, y el fraile sin ninguna, y tienen gran influencia sobre la masa ignorante y fanática. Por lo tanto, todo el que contribuya á quitársela, sirve á la civilización y ahorra ríos de sangre y lágrimas.

Y por eso los ataco yo; por ver en él la causa de todas nuestras desdichas pasadas, presentes y futuras; porque preveo para España días sangrientos, si no se merma la autoridad que ejercen encerrándola en sus límites naturales; porque no hay manera de ser libres mientras el cura y el fraile sean omnipotentes.

Y por esto sostengo que debe echarse abajo el convento donde se conspira, encargando al pueblo de tan civilizadora faena, en el instante mismo que la guerra estalle.

Y que se prenda al cura reconocidamente carlista, se vigile al que no se haya aún declarado tal, y se fusile al que se pille en flagrante delito de conspiración ó con la armas en la mano.

Y por esto aconsejo que, por cada atropello que cometan, realicemos diez actos de justicia, y por cada individuo que asesinen, fusilemos veinte. Sólo de esta manera, y obrando con rapidez y energía, podremos ahogar al nacer la guerra que el clericalismo prepara.

1897

## La tercera guerra

No creo que los carlistas se echen ahora de veras al campo; pero admitiré la hipótesis para decir:

Iniciarse la guerra, y comenzar las naciones extranjeras á pensar en la intervención, será todo uno; á los tres meses se pondrán al habla; á los seis la acordarán.

Manera de evitar esto? La que indiqué en 1879 y que repito aquí. Caer sobre el carlismo como una avalancha; dejar que el pueblo entre en los conventos al sonar el primer tiro; poner en la frontera francesa un cuerpo de ejército ó dos con más teas que fusiles, para que vengan destruyéndolo todo hacia acá; prender á todo carlista, con antifaz ó sin él, declarando en estado de guerra toda la Península para juzgarlos militarmente; no olvidándose de que la guerra hay que hacerla en las poblaciones con más rigor que en los campos, y que hay que reventar, antes que á los que llevan las armas, á los que se las ponen en la mano.

Y allá va lo principal, lo que más les duele, lo que apresuraría la terminación de la lucha, lo que acaso les impediría comenzarla si se convenciesen de que había el propósito firme de cumplirla.

Recuérdese que la procacidad de los diarios carlistas no reconocía límites durante la guerra. Pedían á sus correligionarios «fusiles, cañones, lanzas, y al que no pudiese facilitar esos instrumentos de guerra, mil reales, cinco duros, una peseta y hasta dos cuartos, si á más no alcanzaban sus recur-



... para Dios, para la patria y para el rey, amenazándoles con que no luciría para ellos la misericordia divina si no contribuían en la medida de sus fuerzas a sostener la causa de D. Carlos.

¡Dinero! Este era para los asesinos aquellos el objeto primordial. Lo sacaban de todas partes, con peticiones, con amenazas, á mano armada... Y lo hacían, cuando precisamente les interesaba hacerse gratos á la opinión. ¿A qué no se hubieran atrevido si llegan á triunfar?

Con las subvenciones de ferrocarriles, los robos al Estado y á los particulares, lo que les producían los secuestros y lo que el clericalismo les daba, los carlistas eran entonces los que más dinero tenían en España. Las casas de Banca alemanas é inglesas sabían bien el dinero que además se les enviaba de Filipinas.

Por estas razones, ya que el dinero lo es todo para los carlistas, catalanistas, bizkaitarras é integristas adyacentes, en el bolsillo hay que castigarlos. Sientan ellos el dolor ahí, y la guerra terminará por sí sola. Lo que todos tienen vale menos que la vida de un solo soldado.

No se cometerá al hacerlo ninguna injusticia; es ley que el vencido pague los gastos de la guerra: cinco mil millones de francos le costó á Francia el ser derrotada por Prusia.

Apliquemos este sistema á los carlistas desde que disparen el primer tiro; decretese el embargo de sus bienes, y véndanse tras breve tramitación; así tendremos para los gastos de la guerra sin sacrificar al país. Y no haya cuidado entonces de que la lucha dure mucho: el día que los carlistas, con careta ó sin ella, vean que tienen que pagar los vidrios que rompan, no romperán más vidrios.

Hay hombres que sufren resignados y hasta orgullosos la cárcel, el presidio, el destierro; padecer personalmente por una causa política, se considera hasta una gloria. Pero tóqueseles al bolsillo, embárgueseles sus bienes, vean pasar sus fincas á otros, á sus enemigos quizás, y ¡adiós valor, idea del sacrificio, abnegación!... Los leones se vuelven corderos. Dar la vida, bien; ¿pero el dinero?... ¡Oh! esto es superior á las fuerzas humanas... ¡Verse desposeídos, pobres!... No hay convicción que resista á tan desoladora idea.

¿No se hace nada de esto que digo? ¿Se prolonga la guerra durante seis meses? ¿El pueblo no se decide por fin á acabar con los carlistas, sus cómplices y auxiliares? Pues á morir. No; á algo peor aún: á soportar la vergüenza de una intervención que borre hasta el nombre de España del mapa.

Y obrarán perfectísimamente las naciones que tal hagan. Pueblo que retrocede á la edad media en lo religioso; que no se sacrifica por la patria ni le importa nada de la libertad; pueblo sin vida económica; que pierde en rezar el tiempo robado al trabajo, (casi todo el tiempo), y que no lleva ni un grano de arena al edificio de la civilización; pueblo de mendigos, de frailes y ladrones, ¿qué derecho tiene á ser independiente?

No creo que demos lugar á la intervención, porque ahogaremos la guerra al nacer; pero si me equivocaré, si esta que yo juzgo última prueba nos saliere como tantas otras; si en los ocho primeros días de echarse al campo los carlistas no hubiéramos tenido un arranque decisivo, entonces que vengan, no ya los yanquis, ni los ingleses, ni los franceses, ni los alemanes, sino los moros del Rif y se desparren por España; que nos dominen, ya que humillarnos les sea imposible; y á ver si á la vuelta de un cuarto de siglo de ser suyas nuestras mujeres, surge una raza viril que reanude la historia de este pueblo en la página que nuestro rebajamiento y nuestra cobardía la habían interrumpido.

Por todo lo expuesto, yo anhele que los carlistas comiencen la guerra, para saber si queda algo aquí todavía, ó para saborear de antemano la gloria, (que por tal la tendremos) de que vengan los extranjeros á tratarlos á puntapiés, si es que hasta esto no les parece ya demasiada honra para nosotros.

1897

## Frente al carlismo

El alcalde de Alcoy llamó el día 5 del actual (Noviembre) á los individuos del Comité de Fusión Republicana, y les preguntó si podría contar con su ayuda en el caso de ser atacada la población por los carlistas. Y le contestaron que, no habiendo recibido hasta ahora la menor atención de los gobiernos monárquicos, deseaban conservar su libertad de acción, y no se comprometían á nada.

Perfectamente. He ahí unos republicanos modelo de consecuencia, inflexibles, intran-

sigentes... Los gobiernos de la monarquía no les han guardado *atenciones* (que es precisamente á lo que vino la restauración), y por lo tanto, hoy que los carlistas quieren hundir la patria y matar la libertad, ellos, justamente resentidos, se niegan á combatirlos. Esto es tener carácter, y convicciones, y aquello que diz que puso de pie Colón ante los doctores en Salamanca.

Mas ¡ay! yo no puedo imitarlos. Frente al carlismo, no me acuerdo ni quiero acordarme de lo que soy; me contento con saber que soy liberal. Y me creeré deshonrado á mis propios ojos si, por pensar en lo que particularmente me interesara, ó por odio á lo existente, que no he demostrado en la enérgica forma que debía, dejara de exponer una sola idea de las que se me ocurriesen para acabar con él, ó me abstuviera de prestar el concurso que se me pidiese.

Yo no tengo, yo no quiero tener esa intransigencia. Por lo mismo que he pasado mi vida combatiendo todo aquello que directa ó indirectamente contribuía á alentar el carlismo, me guardaré bien de quitar fuerza á quien lo ataque. Censuraré lo que deje de hacerse, nunca lo que se haga, ya que cuanto se haga contra él me parecerá poco.

Es fácil exclamar: «Allá que los monárquicos se las compongan como puedan. La guerra es un pleito entre ellos. Los gobiernos de la restauración han matado el espíritu liberal; sufran ahora las consecuencias. Para lo que tenemos, igual nos da quedarnos sin nada.» Y menos en lo de que el pleito que se ventila es entre ellos, en lo demás parece como que tienen razón los que hablan así.

Pero no la tienen, no. Aun cuando digamos lo contrario en los momentos que se nos impone el pesimismo, queda todavía espíritu liberal en España, y aún tenemos mucho que perder. Entre los carlistas y los conservadores hay más diferencia, que entre éstos y los republicanos. Decir otra cosa, sería engañarnos á sabiendas.

Pero si yo me equivocaré; si no quedase ya nada de ese espíritu porque los encargados de guardarlo y defenderlo hubiéramos permitido que lo apagasen, ¿qué farsa indigna estamos representando? Disolvamos nuestros organismos, matemos nuestros periódicos, cerremos nuestras bocas, y aguardemos como moruecos á que venga el matarife carlista y nos lleve al matadero. ¿Es todo lo mismo, y nos faltan alientos para luchar contra todo? Pues á morir con santa resignación, murmurando el *Dios lo quiere*, ó el *estaba escrito*. Y que nos entierren en los estercoleros para abonar luego la tierra con nuestros despojos. Así continuaremos prestando servicios á la reacción. Con piltrafas podridas de liberales podridos ¡cómo crecerían las plantas!

Pero sigamos el razonamiento: Todavía, si los republicanos hubiéramos cumplido con nuestro deber en los veinticinco años últimos, pudiera tener relativa disculpa el cruzamiento de brazos ante el movimiento carlista. Mas no siendo así, ¿con qué derecho censuraremos á los monárquicos que, habiendo también faltado al suyo, procuran en estos momentos remediar el mal causado? Si el no haber estado siempre á la altura de las circunstancias incapacita, ¿por qué persisten en estar al frente de nuestro partido los hombres que contribuyeron á perder la República?

La lógica de esos de Alcoy, es divina. La restauración es un mal grande, contra el cual no hemos combatido en el terreno á que estábamos obligados. Por esto, y sólo por esto, por nuestra cobardía, el clericalismo ha ido avanzando; y como clericalismo y carlismo son sinónimos, el carlismo se ha puesto en condiciones de echarse al campo.

El carlismo es un mal mayor aún que la restauración. Su triunfo acabaría con la España actual para retrotraernos á la del siglo XVI. Aunque no mucha, alguna libertad nos queda aún, que perderíamos en absoluto, y con ella la esperanza de poder incorporar-nos más adelante.

En tal situación, se nos llama para combatir al enemigo de todos; y unos porque la monarquía, ¡la muy descortés! no nos ha guardado atenciones; otros por creer que no debemos contribuir á nada que pueda fortalecerla, cuando no hemos hecho otra cosa, todos permanecemos tranquilos, indiferentes, cual si en el pleito que se ventila no entrase nada nuestro, como si al hundirse la restauración empujada por el carlismo no cayeran de paso la democracia, la libertad...

«Es que, dicen algunos, por ese camino podríamos venir nosotros.» ¿Nosotros venir por ese camino? Si la restauración triunfa ¿cómo? Y si triunfase el carlismo ¿por dónde? Los que durante un cuarto de siglo no hemos sabido ó no hemos podido, ó no hemos querido hacer nada ¿qué íbamos á hacer ante el carlismo triunfante de la restau-

ración, ó ante la restauración triunfante del carlismo?

Los que se regocijan con la idea de pescar á río revuelto, se olvidan de que no basta que esté revuelto el río; se necesita que los pescadores se expongan á que la corriente los arrastre, ó á mojarse por lo menos. ¿Y dónde están esos pescadores?

Si el país supiera que entre nosotros había hombres capaces de salvarlo, á nosotros acudiría para librarse del carlismo. Pero como sabe lo contrario, esto es, que nos dirigen aún los que perdieron la república y nada han hecho después por reconquistarla ¿qué ha de acudir, y menos viéndonos hoy tan pasivos, tan indiferentes?... Contempláranos enérgicos, batalladores contra el carlismo, y acaso le infundiríamos alguna confianza. ¿Pero viéndonos como nos ve? Se acordará de nosotros únicamente para despreciarnos.

Mas supongamos que al verse ya en las últimas, nos llamara; ¿con qué derecho exigiríamos á nadie entonces que nos ayudase, habiendo nosotros permanecido hasta aquel instante en actitud medrosa ó calculadora? ¿Con qué autoridad exigiríamos á la nación sacrificios y al ejército abnegaciones para acabar con aquello mismo que habíamos visto impasibles crecer y desarrollarse?

Y mirada la cuestión desde este otro punto de vista, resulta peor aún.

La monarquía es un mal; la república un bien. Aquella ha perdido á España; ésta la salvaría. Y sabiéndolo nosotros, y proclamándolo, hemos sido tan miserables, tan cobardes, que no hemos intentado seriamente traerla; y ahora, doblemente miserables y doblemente cobardes, aguardamos á que los carlistas nos lo den todo hecho... pedazos, para arrojarlos sobre el cadáver de España cual se arrojarían las hienas sobre los despojos de un rebaño que hubiera servido de pretexto para una batalla entre leones. ¡Bien, perfectamente bien! Hombres de este temple son los que España necesita, los que busca, los que llama. . . . .

Y no para en lo de los republicanos de Alcoy. Leo en un colega:

«La prensa republicana no ha de aplaudir y no se ha de poner al lado del gobierno, suceda lo que suceda.»

Podrá no ponerse la prensa, pero se pondrá un periódico: El Motín. Y fuere el gobierno cual fuere. Ante el carlismo, todo el que lo combata es correligionario mío. Mi lema en política es este: «A la república, con cualquiera. Contra el carlismo, con todos.»

Y aplaudiré al gobierno si cumple cual corresponde, porque habrá salvado la libertad; y me pondré á su lado, no por defenderlo á él, sino para ahorrarle á España más lágrimas, más sangre, más luto... Y si luego de ponerme á su lado y aplaudirle pudiera derribarlo, lo haría sin vacilar.

En la obra *El noventa y tres*, de Víctor Hugo, el descuido de un marinero hace que un cañón se desprenda de la batería exponiendo el buque á perecer; ese mismo marinero, con riesgo de su vida, salva después la embarcación; el que manda el buque premia su heroísmo colocándole una cruz sobre el pecho, é inmediatamente lo manda fusilar.

Esto haría yo, si pudiese. Aplaudiría á la restauración por habernos salvado del carlismo, y acabaría después con ella por haberle halagado y alentado.

Por si alguien no comprendiese bien mi razonamiento, allá va una pregunta:

¿Será prudente, ante un fuego que todo lo arrasa, entretenerse en discutir quién lo produjo? No; se apaga, y luego se averigua. Y diré más: si el mismo que lo causó dispusiera de medios suficientes para extinguirlo, y llegara con ese propósito, insensato sería rechazarle. ¿Había que ahorcarlo después? Se le ahorcaba. Pero que apagase antes el fuego, si nosotros no podíamos.

Esta manera de pensar y esta actitud están muy arraigadas en mí.

Hace años dije que llegaría un momento en que tendríamos que preocuparnos, no ya de traer la república, de conservar la libertad. Por esto acudí á Castelar ofreciéndole, si traía una república conservadora, hacer lo posible para que no la perturbaran los que soñasen con una revolucionaria.

¿Es este mi ideal? ¿Tengo yo algo de conservador, aunque tenga mucho de autoritario para imponer la democracia y conservar la república? No. ¿Pero iba yo á contribuir á que se perdiese la libertad porque no pudiera implantarse en un santiamén la república de mis sueños? Dejo gustoso el cumplimiento de esa misión á los que piensan como los republicanos de Alcoy. No me siento tan fieramente inflexible como los que aseguran que no se pondrán al lado del gobierno, *suceda lo que suceda*. Carezco del valor que se necesita para acercarse á las tumbas de los voluntarios de Gandesa, de

Cenicero, de Estella, de Cirauqui y de tantos otros puntos, que se sacrificaron por la libertad sin razonar su sacrificio, y gritarles con voz entre irónica y compasiva: «¡imbéciles! ¡imbéciles!»

1900

## MODERNISTA

En la Exposición que los obispos españoles han elevado al Presidente del Consejo de Ministros, se contienen las siguientes particularidades:

1.<sup>a</sup> Se manifiesta la creencia del naturalismo de la fe, incurriendo en herejía radical contra los fundamentos del catolicismo clásico. Por mucho menos eran quemados en la Plaza Mayor los obispos españoles herejes.

2.<sup>a</sup> En el sentido del documento, el catolicismo es equiparado en orden á la moral y á la moral social, con el budismo, luteranismo y demás religiones positivas. Esta equiparación es *ofensiva á los oídos piadosos, escandalosa, próxima á la herejía, tendiente al escepticismo y al liberalismo teológico*. Por mucho menos es amonestado y reprobado el *Siglo Futuro*.

3.<sup>a</sup> En el escrito se imputa á las escuelas laicas la causalidad de los incendios y las teorías anarquistas; y á todos los sediciosos sin excepción se les imputan propósitos de robo, de destrucción de la familia, de la propiedad y del Estado. Estas proposiciones son *temerarias, injuriosas, calumniosas, falsas, difamatorias y escandalosas*. Hechas en nombre de Dios y de la Iglesia, son *cismáticas, impías, sacrílegas, blasfémicas y abusivas de jurisdicción*.

4.<sup>a</sup> El documento llama ley internacional al Concordato, negando implícitamente la legitimidad del rey de Italia, reconocido y amigo del monarca católico. Esta doctrina es *injuriosa para Su Majestad, sediciosa contra el Estado italiano, anárquica, escandalosa é inductiva á la rebeldía*.

Todo lo cual me obligo á sostener en Teses públicas y en público certamen, según usanza escolástica, contra los firmantes del documento ó sus delegados.

UN DOCTOR MODERNISTA

## Buenos profetas

Los tiempos actuales parecen profetizados por San Pablo y San Pedro.

«Vendrá tiempo, decía San Pablo, que será muy peligroso á los que entonces vivieren, porque aparecerán ciertos hombres que no guardarán la palabra dada, ni tendrán escrúpulo en calumniar. Pérfidos, crueles, codiciosos, enemigos del bien y más amigos de sus placeres que de Dios, aparentarán piedad, sin tener alguna en su interior, procurando ganarse buen concepto con su virtud exterior y compostura aparente, á fin de agregar otros á su modo de pensar y á su método de vida. Y facilitándose con capa de santidad la entrada hasta las piezas más retiradas de la casa, se granjearán el afecto de las mujeres inconsideradas, haciéndolas concebir diversos deseos. Yo os ruego, hermanos míos, que observéis bien á los que promueven disensiones, en las cuales no sirven á Jesucristo, sino á su vientre; que miréis bien á los que con palabras dulces y con bendiciones seducen el corazón de los inocentes. Ellos no tienen otro Dios que sus comodidades y su vientre; guardáos, hermanos míos, de los falsos apóstoles y doctores, que para atemorizaros están siempre declarando, así como los perros ladran á los que creen sus enemigos.»

«Y instigados de su avaricia, añade San Pedro, procurarán ganar vuestro afecto con palabras artificiosas, y después que se le hayan granjeado, os sacarán vuestros bienes.»

No se puede pintar de manera más gráfica á los jesuitas.

## Milagro explicado

Se me envía una hoja de un almanaque de pared correspondiente al 29 de Noviembre, en la que se lee al reverso:

«Zaragoza, célebre cuna de algunos mártires del cristianismo, ha producido entre ellos á San Lamberto, esclavo romano que, después de haberle cortado la cabeza su señor, la cogió en sus manos y se dirigió con ella al sepulcro.»

Sentado este hecho histórico, diremos que un fraile, refiriendo el martirio de este Santo, en un sermón que predicó en la Seo, decía así:

«Pero el esforzado Lamberto, apenas vió que le habían cortado la cabeza, la cogió en sus manos, la besó humildemente en la mejilla derecha y se marchó con ella majestuosamente hacia el sepulcro.»

Y se me pregunta: Si llevaba la cabeza entre las manos, ¿con qué boca la besó?

Es una cosa averiguada desde hace mucho tiempo: con la boca... del estómago.



## VICH

### Estudio psicológico-religioso de la comarca y ciudad

La primera vez que advertí la influencia religiosa de la Naturaleza, fué en Montserrat, en 1903, estando allí confinado por la Inquisición Romana, que aspiraba a convertirme en monje benito. Aquello era otro mundo. Cielo, tierra, luz, sonidos, aire, aromas, temperatura, panorama, plantas, rocas, pájaros y hombres: todos son otros. Había estado en Montserrat otras veces y había notado el trastorno de la sensibilidad; pero lo atribuía a la influencia religiosa, a la santidad del lugar y al entusiasmo de mi fe. En 1903 aquella fe grosera vacilaba: yo estaba en guardia sobre los menores movimientos anímicos y analizaba toda novedad que sintiese en mi conciencia. El destierro y secuestro pasaron a ser objeto y ocasión de reposado estudio.

Una de las mayores solemnidades de Montserrat es el canto de la Salve. Cuéntanse maravillas de los efectos que produce en los oyentes. El P. Crusellas me refería que Canalejas al oír la Salve sintióse trastornado; lo mismo había ocurrido a los más prevenidos ateos. Oí con atención la Salve, y en efecto, me sentí trastornado, bajo una emoción nueva y extraña. Inútilmente quise analizar ese estado anímico; no daba con el secreto; ¿sería milagroso? Llegó el segundo día; mi atención se dividía entre la Salve y mi intuspección. El milagro quedaba desvanecido: la emoción aquella no era más que el cansancio producido por el esfuerzo inconsciente e imitativo de seguir el inmenso *hiato* de los cantores, cuyas voces alternan soldándose imperceptiblemente, sugiriendo al oyente la imitación de un sólo *hiato* que en realidad son muchos de los cantores. Este trastorno y las circunstancias ambientales colocan en una excitación particular, cuya causa se atribuye instintivamente a la virtud del acto y a la de la Imagen. Esta observación me puso en camino de muchos descubrimientos de psicología religiosa, algunos de los cuales comprobé allí mismo, estableciendo por vía general esta conclusión: hay condiciones geográficas que hacen propender el espíritu al sentimiento religioso, no menos que el atavismo, la sociedad, la tradición y la leyenda.

Uno de estos países es la comarca de Vich, jirón robado a Suiza, especie de templo al cual sirven de columnatas sus torneos montículos, de muros las encrespadas montañas, de alfombra y de tapices el mosaico de sus campos y los generosos montes de sus cumbres. Primitivo refugio de la humanidad, aquella comarca aparece en los mapas de los dólmeneos como una de las más intensas, en contacto con las del otro lado de los Pirineos. En la raza, como en el idioma, como en las costumbres, como en la cultura, dejaron sus rastros los iberos, los celtas, los fenicios, los godos, los griegos, los romanos, los judíos y los focenses, y últimamente los narboneses refugiados en aquellos pueblos huyendo del Atila pontificio. Si en sus construcciones abundan los restos religiosos de los cultos druida, egipcio y romano, en el fondo del espíritu aparecen los restos de aquellas filosofías y teogonías, ora como posos que sirven de substrato al catolicismo actual, ora como burbujas flotantes en la superficie, semejando las ampollas formadas en el fondo del vaso por emanaciones gaseosas del depósito, que atraviesan toda la masa líquida heterogénea y salen a estallar al exterior.

No sé si es exacta mi idea acerca de una distinción esencial que creo notar en la religiosidad del país. En la masa popular parece dominar el impulso druida, adorador de la naturaleza a cuyas solemnidades servirían de eco característico los *aplechs*, verdaderas fiestas de las selvas; extendido aquel impulso por el dogma egipcio culterano de la Vida en los mal interpretados templos de Isis y Apis, cuyos rastros hallaríamos en el culto de la fecundidad, bendición de campos, de bestias y de bodas; ramificados ambos por el nimio culto romano, especie de panteísmo en disgregación, divinizador del espíritu de las manifestaciones de la naturaleza, de las fuentes, de los bosques, de los montes, de los ríos, de los lugares, de los linajes y de los individuos.

En el clero, en cambio, se ve predominar el espíritu del sacerdocio de Júpiter, del antiguo judaísmo y del brahmanismo, que se infiltró en el espíritu cristiano después del siglo V, en que se fueron amasando el fariseísmo rabínico y la suntuosidad romana para producir el verdadero catolicismo, ó sea el cristianismo cesáreo y cesarista, que estaba llamado a ir falseando el dogma y culto cristiano «de espíritu y de verdad» para reducirlo a las antiguas ceremonias y exterioridades, conservando del Evangelio apenas los nombres.

El aislamiento en que vivió aquella comarca, las ocupaciones agrícolas y pastoriles que aislan los individuos unos de otros, dando lugar a la contemplación, la vida patriarcal del campo, el estado de inconsciente miseria hecha insensible por el atavismo, la dificultad del campesino para ir a la escuela y la necesidad que el hombre tiene de una filosofía que le dé razón del universo y de su vida, producen en los del país, por instinto económico de la razón, la filosofía religiosa de explicar por el misterio

y por una razón suprema inasequible (1) la razón de las cosas que no ve a primera vista. Pegado a la naturaleza, y dependiente de ella, incommunicado con la ciencia, y no pudiendo penetrar la razón científica, el campesino adopta la explicación teológica: Brahma triunfa sobre Confucio; la razón suprema inasequible explica al campesino todo lo que él no consigue explicarse desde el primer golpe. De aquí que el agricultor sea profundamente religioso. El no comprende por qué han de venir tormentas devastadoras; ni por qué ha de tropezar y despeñarse en el precipicio; ni ve la razón del abono químico en la multiplicación de la cosecha; ni cómo un suero puede evitar la sarna de las ovejas; ni cómo unos polvos pueden expulsar al pulgón y al orugo: su ciencia agrícola necesitaba descubrir remedio a estos males: el sacerdote, el mago, el teólogo y el adivino le resolvieron el misterio y le trajeron el socorro a su mano: contra la peste, San Roque; contra el orugo, agua bendita; contra el pedrisco, Santa Bárbara; contra la sequía, contra la inundación, contra el azar adverso... la protección de los santos.

La oración, desde este instante, resulta para él la ocupación más reproductiva: reza a los santos, porque sin el rezo ellos no harían caso de sus lánimas; ayuna y se disciplina, para despertarse, para excitarles la piedad; la oración, para él, es un trabajo como el de construir pararrayos, como el de fabricar abonos, como el de hacer fecundas las ovejas. Es el gran negocio. El mago, el que está en comunicación con esos seres y razones inasequibles al campesino, le dicen que Dios y los santos le harán el milagro con ciertas condiciones. Esto es muy justo, según el campesino: *nadie hace nada por nada*; Dios no ha de ser más tonto que un labrador. ¿A condición de qué?... Aquí entra la moral teológica: el campesino ha de creer y ha de obrar para merecer la protección de los santos; y después de cumplir con los preceptos, ha de dejarles ir a la parte: ofertas, diezmos, primicias, misas, bautizos, funerales, ánimas, legados... hasta que les haga cesión de los bienes y el santo pase a ser el propietario bajo la administración irresponsable del mago...

Los padres que le hicieron heredero le dijeron que esto era así, y que así iba bien según su experiencia; lo mismo dijeron los abuelos y los bisabuelos... hasta el principio de los tiempos. Y de igual modo que cree en su herencia, cree en la ciencia administrativa del padre y del abuelo. Es religioso, porque es agricultor; la religión es su ciencia agrícola. Con ella no necesita arar, si su fe es tanta que merezca de Dios enviarse ángeles para labrar sus campos, como San Isidro; no necesita linterna para preparar de noche por el monte, pues el ángel de la guarda le encaminará... La religión, pues, es el mejor de los negocios; es el rebaño y el aumento del rebaño; es la cosecha de patatas, de bellotas, de trigo; es la salud y la cura de la enfermedad; es el hallazgo de la novia rica y buena y la cría de hijos sumisos y robustos; es el estómago, el bolsillo, el granero, la cuadra, la suerte, la inmunidad contra todo mal... Por esto se dejan todas las labores para ir todos los labradores a ayudar a pedir al cura:

*Del rayo y de la tormenta... libranos, Señor.  
De la peste y de la guerra, libranos, Señor.  
Para que nos dé frutos la tierra y se conserven, te rogamos que nos oigas...*

*Para que vengan pronto las lluvias que hacen falta... Para que cesen las que están de más...  
Oyenos, Señor... Bendice nuestros años, nuestros borregos, nuestros cochinos...*

¡Es el culto de la Vida a la moda católica; el vicense necesita ser religioso, porque necesita comer, beber, tener dinero y vivir a gusto.

Por esto es enemigo feroz de los enemigos de su catolicismo agrícola: el que toca al clero hiere a su Dios; es decir, es un ladrón y un malvado que viene a apedrear sus campos, a ensarnar sus ovejas y a apolillar los granos del granero: es el que intenta arrancarle el pararrayos de Santa Bárbara; el bálsamo de Fierabrás del agua bendita; a dar mal de ojos al hijo y ponerle a mal con la novia...; a atraerle, en fin, la maldición del cielo y de sus santos. Esta es su fe, su ciencia y su experiencia; así lo acuerdan de común acuerdo los ancianos, los maestros y los magos esos, esos sabiosos dedicados a hablar con los dioses en latín incomprendible, esos canonigazos vestidos de armiño y escarlata, de rojizos mofletes, de habla gangosa y de respetable barriga; eso dice su ilustrísima, sér sublime venido de luengas tierras cargado de ciencia, de majestad, de riquezas, de aparato... y con él todos los obispos del orbe, y el propio Papa, aquel personaje misterioso rodeado de cardenales y embajadores... todos le dicen lo mismo desde hace mil años; todos le juran y perjuran que ésta es la única verdadera agricultura; el *pagés* contempla maravillado este asombroso testimonio de la verdad, y cree para no ser loco... y sobre todo, para no arriesgar la cosecha.

Esta fe, tan natural como las causas natu-

(1) La esencia del misterio no está en creer lo que no se comprende, sino en creer la incomprendibilidad de lo que se cree. Por una parte, esta última creencia contiene cierto grado de explicación; y la otra, contiene la inutilidad de todo análisis. La una procede de una necesidad económica-fisiológica; la otra procede de la arbitrariedad dogmática, que consagra el error y hace imposible su desvanecimiento.

rales que la producen, tiene otras pruebas de chocante evidencia. Donde quiera que tienda la vista halla esa misma Religión. En las cumbres de los montes más elevados están las Vírgenes silvanas, Cabrera, Bellmunt, Montgrony, Nuria; las Ninfas de las aguas, Gracia, Salud, Gleva, Rocaprebera, Bergonyá...; las Vírgenes de los bosques, las de los campos... En cada cúspide y en cada valle, un templo; en cada pueblo, lo primero que se ve es la iglesia; la linde municipal, una ermita; el promontorio, un calvario; las calles sus capillitas; las fachadas de las casas el «Reinaré» ó el «Ave-María»; las puertas y ventanas su palma en cruz y el puñado de sal bendita; es la ubicuidad. Do quiera que se fijen los ojos, allí está el alma del clero, en la estampa de papel pegada con miga de pan, en el santo de yeso, en la oleografía, en la escultura, en el grabado, en el hierro, en el bronce... Las gentes continúan predicando esta prueba: el hábito, el escapulario, la medalla, el cordón ó el cilicio, envuelven el cuerpo; el aire del bosque penetra los pulmones, santiguado en los labios; el estornudo sale envuelto con un *¡Jesús!*; al tropezar sale San Antonio; a toda ansia el *¡Dios mío!*; a todo mendigo el *¡Dios te ampare!*; a toda desgracia el *¡Dios te ayude!*. La religiosidad está en los pulmones, en el corazón, en los bronquios y en el cerebro.

Si entra por los ojos no entra menos por los oídos. Al alborotar hien los aires y rompe todos los sueños el campaneó de docientas iglesias para no interrumpirse hasta la noche; las orquestas públicas, son los entierros, procesiones, tedeums, plegarias, respuestas, rosarios, renegos, maldiciones, parabenos, saludos, despedidas... todo es continuación de la letanía. Lo primero que se enseña al niño es a rezar; las últimas palabras del moribundo son de rezo; se nace, se vive y se muere rezando. Y cuando todo calla en la naturaleza, y cuando el silencio reina sobre la ciudad, y sólo hablan la lechuga, el grillo y la rana, aun entonces habla el alma del clero con el canto fatídico del sereno... *¡Alabado sea Dios...*

Se reza al despertar y al dormirse; al salir de casa, al comenzar el trabajo, al dar la hora en el reloj, al beber, al comer, al toser, al sufrir, al gozar, y al danzar. Todavía se conserva la danza sagrada del *Contra-pas*, culto macabro de la Pasión de Cristo. Las fiestas se entremezclan de comuniones, banquetes y saraos; la misma orquesta que canta la misa, mueve el compás del baile. Queda allí realizado el sueño de San Pablo: «si comieres, si bebieres... todo a mayor agrado del clero»...

En este sentido la religiosidad es costumbre, imitación, moda, arte, poesía, música, leyenda, tradición, rutina.

Lleno el espacio y lleno el ambiente, falta consagrar el tiempo. Como los musulmanes cuentan por el Ramadan y los judíos por los Azimós, los comarcanos de Vich cuentan por Navidad, Carnaval, San Juan, San Andrés... El Otoño es el Adviento; la Primavera es Cuaresma. Cada estación tiene su *dios*; cada mes su consagración; cada día su santo; cada hora su devoción. Cada edad, cada estado y cada oficio, su idólo abogado. Cada acto fisiológico, cada enfermedad, cada negocio... Cada época, cada fase de civilización... La religiosidad lo ha impregnado todo y todo lo ha impregnado la piedad.

El que allí nace, no puede menos de sentirse religioso, ó loco y falso no ya del sentido común, sino de ese sentido universal y único de las cosas, del tiempo y de las personas. Si este *naturalismo* se hubiese penetrado del espíritu cristiano simple, puro, ideal, altruista, generoso y magnánimo, aquel país sería un paraíso; el cielo estaría en la tierra; el doble principio «Dios-Hombre», materia-energía, conocido-desconocido, cuerpo-espíritu, se habrían fundido de modo que cada partícula fuese una encarnación divina y cada instante una palpación de la eternidad.

Pero no ha sido así: este *vitalismo* dejó toda la grandeza y espiritualidad cristiana para clericalizarse y ser instrumento y cuerpo del alma clerical, mezquina, hipócrita, odiosa, disolvente y tiránica.

Todo el espíritu de libertad individual que se halle en el origen espontáneo filosófico de esta religiosidad ha ido desapareciendo; apenas hay individuo que se dé cuenta de aquel origen; allí se cree porque el *clérigo lo manda*; se practica para evitar el furor del clérigo, tan magníficamente retratado en el texto de excomunión del obispo de Gerona, reproducido por EL MOTIN. «La Iglesia enseña y manda: ésta es la única razón alegada; la «Iglesia» es el clero: el clero es el *clérigo* organizado jerárquicamente; el mayor anula el menor.

No por esto intento negar la parte que al espiritismo toca en esta religiosidad popular: este examen nos distraería del asunto principal y está en mejor punto en otro estudio más general. Para prevenir los *sofismas* de los Gerundios y Balmesillos vicenses, diré solamente que el espiritismo jesuítico, allí en uso, no es en su esencia moral (?) el espiritismo en su rigor ético-lógico, sino la potencia máxima del sensualismo grosero, rabioso, desesperado y rebelde a la pequeñez ó insipidez sensual-física de la vida; y en su elementalidad lógica, es una simple hipótesis; por si acaso.

Por si acaso no hay otra vida, ni infierno, ni premio, ni castigo, el católico vicense procura pasarlo lo mejor que puede, y se

entrega con frenesí a sus excesillos; por si acaso los hay, encarga sus misas, reza a ratos perdidos y confiesa sus pecados con gran propósito de volverlos a cometer oportunamente y de volverlos a confesar. Pero este es fenómeno general en el catolicismo.

Hemos visto cómo la religiosidad del pueblo procede de los argumentos del estómago, del útero y del bolsillo; veamos ahora cómo esta religiosidad se hace mina explotable y pasa a ser explotada por el sindicato y monopolio clerical, constituyendo la capital religiosa y la ciudad levítica «Vich».

Para que el lector pueda formarse idea de esa extraña ciudad, imagine un millar de casas, por lo general miserables, apoltonadas en un centro con cuatro prolongaciones como cuatro patas de una araña. Sirve de nucleolo la inmensa catedral greco-romana adosada a una vieja atalaya, coronada por un tejado antiartístico, semejante al cráneo de un monstruo, símbolo del dios que allí impera. Bordea parte de la ciudad un riachuelo de aguas fétidas; los caminos que aportan a la urbe son sendajos primitivos; calles barrosas; iglesias, muchas iglesias, y conventos, muchos conventos, sin contar las ruinas de los demolidos por las revoluciones. El clima es frío y húmedo, con persistentes nieblas; con una casita de baños sulfurosos que funciona tres meses en verano para cuatro enfermos; en los otros nueve meses... jamás oreja humana oyó decir que vecino alguno se bañara; y si de alguno se dijese, más le valiera salir tiñoso; que la tina no le picaría tanto como la necia risotada de las gentes. ¡No teman ustedes que señorita alguna de Vich se atreva a desmentirme, diciendo: *yo me baño... yo...* etc.

La población es de once mil almas, la mitad menores de veinte años, restando cinco mil quinientas capaces de uso de razón. De éstas, la mitad mujeres; restando 2.750 varones (1), de los cuales habría que restar para nuestro objeto los enfermos del hospital, los asilados, los presos de la cárcel, los mendigos y los transeúntes; demos por cifra redonda 2.500 varones capaces de pensar si les dejarán.

La colonia religiosa es como sigue: dieciséis conventos en el año 1900, y no como quiera, sino bien nutridos; 33 dominicas, 65 adoratrices, 45 carmelitas descalzas, 20 calzadas (desnudas no sé cuántas, y enmascaradas... las casas llenas), 50 clarisas, 26 josefinas, etc. Los varones están representados por 16 franciscanos, 12 Sagrada Familia, 12 filipenses y un pensionado marista, que con postulantes y demás gradaciones suman un total de más de 500 individuos. El clero catedral se compone de 30 individuos, con más los músicos y monagos; personal palatino, claustro del Seminario, cuatro parroquias con sus cabildos beneficiados, una porción de beneficiados particulares, capellanes de monjas y domésticos, sacerdotes del asilo diocesano, excedentes y ordenandos, con un total que calculo no menor de 200 individuos, de los cuales un centenar tienen casa puesta con su ama correspondiente, ó sea otros 300 individuos manducantes únicamente del patrimonio del clero.

El Seminario alcanzó a veces el número de 900 matrículas con un colegio de pobres, como sucursal, de 200 ó 300 y hasta 400 plazas.

Las familias ricas dedican a curas los hijos tontos. La enseñanza está en manos del clero, la primera como la segunda, en sus seis colegios para niñas, y Seminario y pensionados para niños. Los pobres, ó tienen un hijo monaguillo, ó en el Seminario, ó en el convento, ó un padre ó tío en el hospital y en el asilo, ó varios individuos empleados en talleres dependientes del clero. Los industriales que en mi tiempo hicieron fortuna eran un sastre, exalguacil del palacio, fabricante de casullas; un fabricante de chocolate, excocinero episcopal, y un cerero, proveedor de su ilustrísima.

Alrededor de este ejército activo profesional hay otro de semifriles, semiclérigos y semimonjas, compuesto de Terceras Ordenes, congregaciones, cofradías y hermandades: difícilmente hay vicense que se sustraiga a esa reserva.

De este modo, no hay familia que no se halle penetrada ni alcoba donde no se halle el ojo ó el oído del clérigo. El obispo ha de tatar la boca de los maldicientes canónicos con pontificales y exhibiciones de majestad, modestia y austeridad; el canónigo ha de ganar la confianza prelatial y el favor público con amanerados alardes de misticismo; el clérigo gana los ascensos de igual manera; el que está camino del favor, atrae sobre sí la fiscalización de todos los rivales y envidiosos que hacen de la delación arma de concurso. Cada clérigo tiene de satélites tres ó cuatro seglares, con sus ojos policíacos y con sus votos electorales.

Preguntar si allí un abogado, un político, un comerciante ó un artesano son católicos rabiosos, equivale a preguntar si el abogado quiere clientes, si el político apetece el acta de concejal, si el comerciante desea vender y si el artesano necesita trabajar. Establézcase allí un tendero dando gratis los géneros, y como no lleve la patente religiosa, puede contar con cerrar la tienda; el que en ella entrase incurriría en el *boy-cott* implacable de la sociedad rabínica.

(1) Estos datos son calculados sobre el promedio resultante en España. No conozco el censo electoral, que daría la cifra.



La joven que se permitiera no cumplir con la Iglesia, se atraería peor fama que la mujer pública: para ella la piedad es la exhibición del vestido, el flirteo con el novio, el estremo de zapatos, el lucimiento de la voz, es, en fin, el único camino del amor y del matrimonio. Para el doncel, la piedad es el certificado de buena conducta, la denuncia social, la protección del confesor y la gracia para merecer la de la novia.

La cédula del párroco y la Forma de la comunión, se canjean en aquel mercado piadoso por la aceptación de los suegros, el agrado del futuro cónyuge, el crédito mercantil, la probidad profesional, el ascenso en la carrera, el pan del hijo o del padre, es decir, la religión son las puertas por donde se satisface al estómago y su anejo, ya se considere éste en su furor místico o ya en su furor físico.

Todas las rivalidades se establecen en ese campo; el que no entra en él, el que intenta hacerse superior á esa degradación, ya sea llevado por dignidad religiosa, ya por pundonor humano, no tiene otra solución que someterse, como Andrés Serra, á soportar el horrible sarpullido de aquel centro zoológico, en donde los hombres gozan de la propiedad mórfica de ser crueles y osados como tigres, felinos como gatos, ponzoñosos como avispas, pegajosos como lapas, molestos como pulgas, irritantes como mosquitos. La saña y el odio y el tormento se le meten por los ojos, por los oídos, por todos los sentidos del cuerpo y del alma; en la calle, en casa, en la mesa, en la cama. De esa saña, unas veces será vehículo el enemigo procaz y agresivo; otras el enemigo traidor; otras el amigo cobarde; el padre con sus consejos y amenazas; la madre con sus lloros; la esposa con sus desvíos; el hijo con el eco de lo que oye en la escuela ó en el templo...

Ese roimiento-polilla, ó sarpullido de chinche, ó zumbido de mosquito, ó picadura de víbora, ó mordisco de can, ó zarpa-zo de fiera, ó beso de Judas, ó puñalada de Caín, persigue al víctima en todas sus manifestaciones: en la vida física, en la política, en la profesional, en la moral; se exhuma su pasado, se espía su presente, se augura su porvenir. Se ridiculiza su físico; se detrae su conducta moral; se interpretan sus palabras; se malignan sus intenciones; se le empobrece para escarnecer su miseria; se le difama para ultrajarle luego de difamado; se le expulsa de todo sitio hasta verle refugiado en los centros viles, y allí escupir sobre su vileza; se le arroja á la misantropía, al odio de la humanidad, hasta llenar de asco su estómago y forzarle á vomitar blasfemias, y desesperarle, y consumirlo, y enloquecerle, y matarle, y envolverle en excrementos, y exhibir su cuerpo á la vergüenza pública, para colgar su nombre y su fama en la picota de la celebridad infamante; y una vez consumada la obra y logrado este triunfo, el obispo, de capa magna, con su corte de canónigos vestidos de armijo y escarlata, con sus maceros y caudatarios, con cruces parroquiales, gonfalones, cofradías, frailes, monjas, sacristanes, concejales, comerciantes, asilados y enfermos, monagos y postulantes..., con toda la ciudad en pleno, rodeando el cadáver, exclaman: *castigo de Dios... Este es el fin de sus enemigos...* ¡Gloria al Rey de los Ejércitos!... ¡Somos invencibles! ¿Quién como nosotros?... ¡Y el nombre ó historia del preito quedan como escarmiento de los presentes y venideros!...

¿Es esto justo? ¡Sí! Es lo único que pueden hacer, lo único que puede ocurrir. El *disidente*, allí, es una plaga que trae todas las calamidades. Trae la inquietud y el desprestigio al obispo; la pérdida del favor al canónigo; la huida de clientes al comerciante; el mal ojo á la novia... Es el que viene á cerrar las puertas á la *gracia* local que ha de hacer felices al estómago y su vecino; y el furor del vecino y la fiebre del estómago suben por sus conductos al cerebro y componen el «furor religioso», síntesis de todos los furors humanos, cifra simbólica, según ellos, del furor divino, infinito y universal, sin darse cuenta que un Dios furioso es un diablo. En estos casos, el devoto más furioso es el más católico, el más episcopal, el más religioso; todos los hambrientos rivalizan en ese furor sacro y en el campeonato de difamar, ridiculizar y destruir al preito; sus groseros insultos son celebrados como gallardías; sus diatribas infames son reídas como ocurrencias; la desesperación y convulsiones del suplicado son vistas como zalemas de un payaso. ¡Lo macabro de las ideas, de los sentimientos, de las palabras, de los cuerpos y de las almas! ¡Este es el pueblo levítico, la grey escogida, la Iglesia en apoteosis, con un solo pastor, un solo rebaño y un solo corazón!

No escribo un capítulo de novela, sino un estudio científico harto comprimido.

De la veracidad de los hechos fundamentales le pongo á usted de testigo excepcional, Sr. Torras.

De la consecuencia final de ese conjunto topográfico y social tengo otro testigo: el *horror universal* que inspira ese centro.

Jamás se oyó á sér viviente hablar de Vich en alabanza! Jamás se oyó lengua de persona que haya visto aquello que no traduzca con maldiciones y vituperios su horror! ¡Nadie! ni sus propios hijos!

Al acabar de leer esto, el lector pregun-

tará asombrado: ¿es posible que haya quien viva en ese centro?... Sí; la fatalidad de la vida es así. Los obreros de las cloacas tienen olfato y estómago y sin embargo, van á la cloaca y bendicen al que les facilitó el empleo. El verdugo tiene corazón y dignidad y horror á la sangre, y sin embargo defiende con la vida su cargo! Es la vida; la terrible vida que encadena al hombre á la pena de vivir.

En Vich están los condenados á estar allí. De allí huyen los ricos que pueden vivir fuera; huye el obrero inteligente y emprendedor libre de lazos de familia; huye el profesional animoso con medios de abrirse paso fuera de allí, y por huir, huyen el mismo clérigo y aun el fraile y aun el obispo. La emigración es continua; y de los que allí están encadenados, viven allí los cuerpos, mas las almas andan emigradas lejos de allí, acechando la ocasión de transportar el cuerpo; sólo el apocado de espíritu y el impotente desesperado de poder salir, se resignan á vivir aquella vida, y una vez resignados procuran adaptarse á ella en la práctica exterior y en el espíritu interior, cultivando la inversión de los sentimientos, buscando plaza y camino en aquel círculo giratorio. Y así se perpetúa aquel fenómeno de monstruosidad social al través de los años, muriendo poco á poco todo germen vital expansivo y penetrando en organismos y moléculas el aliento de la muerte. ¡Todo allí es mortal y fúnebre: la virtud y el vicio! ¡Todo es viejo, decrepito y consumido: incluso la infancia, el juego y la alegría!

No hagamos mofa de esa ciudad enferma; compadecemosla en su locura, y ayudémosla á razonar, lanzando sobre ella puñados de verdades que, al irritarla, la harán despertar y prepararán la reacción vigorosa. Cada vicente, al leer esto, murmura dentro de sí: ¡verdad... es verdad!... Aunque por fuera proteste.

S. PEY ORDEIX

## Las bestias feroces

No son las que en el combate destruyen á sus enemigos; no son tampoco las que, buscando saciedad para sus apetitos, pasan por encima de los obstáculos que á su paso se amontonan. Las bestias feroces son las que gozan en la destrucción, destruyen y hieren por placer y se embriagan con el hedor de la sangre.

Los prelados de la Iglesia católica, que satisfechas todas sus ambiciones, rodeados de un lujo y un boato maldito, eso sí, por Jesucristo, pero muy en consonancia con los instintos de la naturaleza, viendo á su alrededor muchedumbres estúpidas que ofrecen de continuo oro, incenso y mirra, pudieran como nadie dedicarse á derramar el bien por todas partes, tienen siempre á su disposición, á su misma vista diez ó doce sacerdotes, á los que unas veces sujetan á los horrores degradantes del hambre, otras al fuego espantoso de la deshonra, gozando voluptuosamente en ver cómo se retuercen en los espasmos y convulsiones de la desesperación.

No hay diócesis sin este recreo para el obispo, al que no basta dormir entre sábanas de Holanda y sobre tibia pluma, sino sabe que, á aquella misma hora, unas cuantas víctimas suyas tiritan de frío sobre los ladrillos de una guardilla; no basta cubrirse de seda crugiente y aparatosa, si no ve por la calle á sus perseguidos mal envueltos en los pardos harapos de un manto; no basta saborear los más succulentos manjares en amplio comedor servidos, sino le consta que aquel día unos cuantos subordinados suyos sienten las angustias desconsoladoras del hambre.

¡El hambre! Es el arma más usada por los anticristianos prelados de nuestros tiempos. En la sociedad civil se condena á presidio, á prisión correccional, á la horca; nunca al hambre. En la sociedad eclesiástica, en la que tiene por lema: «amaos los unos á los otros», hace tiempo que la sentencia usual es esta: «muérase de hambre.»

La manera de ponerla en práctica es muy sencilla. Se cuenta de antemano conque los sacerdotes no sirven absolutamente para nada que no sean los ministerios sagrados. Son ignorantisimos, ordinarios, atrasados hasta un punto inverosímil, efecto de la educación, llamémosla así, del seminario.

Se cuenta también con las preocupaciones estúpido-clásico-españolas, que hacen creer que un cura es realmente un sér de distinta naturaleza que los demás; tiénese la confianza, fundada por cierto, de que tribunales, autoridades y personajes no son más que lacayos de los magnates clericales.

Con estos elementos hay más que suficiente para aplastar y triturar sin piedad—la piedad no viste sotana—á cualquier infeliz á quien se haya designado para servir de *sport* sangriento al que, para mayor escarnio, se llama su padre, su pastor y su defensor.

Viene la suspensión *ex informata conscientia* que, traducido al castellano, quiere

decir: «porque me da la gana.» El sacerdote se queda en el momento sin carrera, sin oficio, sin beneficio, sin renta, sin amigos, sin consideraciones sociales, sin medio alguno de vida.

Empieza un drama terrible en la casa del perseguido. Los muebles, las ropas, los hábitos tales van poco á poco trasladándose á la casa de préstamos. Luego el hambre con sus humillaciones, con sus sonrojos, con sus inenarrables tristezas. El hambre, que doma las altiveces más gallardas y los caracteres más fuertes, hace que el infeliz lleve su desesperación á vista de sus verdugos.

Ya constituye el *sport* deseado. Con la muerte en el rostro, con los harapos sobre el cuerpo, con la rabia impotente en el alma sufre las groserías del portero del palacio episcopal; cuando logra subir la alfombrada escalera; arriba encuentra algún niño altivo, paje de Su Excelencia, que contesta con frases picantes y despreciativas. A veces se abre una manpana de damasco, se oye crujir de seda, se ve relucir brillantes, y una voz dura, como de un instrumento de piedra, grita: «Echad de aquí á ese criminal.»

El así arrojado como un perro, baja la escalera de casa de su padre percibiendo las emanaciones succulentas del almuerzo que se prepara en aquellos momentos.

Sele á la calle ébrio de dolor y de rabia; cruza unas cuantas calles; siente escalofríos, ardores de fiebre; su vista se nubla; faltánle las fuerzas y cae rendido sobre los escalones de un pórtico. Es una iglesia en que el predicador de moda grita desde el púlpito: «El buen pastor deja las noventa y nueve ovejas para ir en busca de la descarriada.»

Las gentes rodean al enfermo. Es un sacerdote desmayado. ¿Qué dice entre dientes?

¡Son anticristianos; no tienen piedad; son bestias feroces!

GIL BLAS DE SANTILLANA

## Edicto del 9 de Enero de 1562

Pío IX concibió recelos de que muchos luqueses pasaban á Suiza, Francia y á otros países herejes, por temor de no contraer la infección común. Dió, pues, un edicto al Senado prohibiendo á los luqueses habitar aquellas comarcas, añadiendo con respeto á los desterrados por herejía que se encontrasen en Italia, España, Francia y el Brabante «que todo el que los matase recibiría por cada uno de ellos 300 escudos de oro de los fondos del feudo común».

Tomo 29, página 149, Historia Universal de C. Cantú.

## Costumbres burguesas

Visita es la costumbre social, que consiste en molestarse entre sí, y con regularidad de tiempo, las personas que no se profesan un verdadero afecto. Sobre esta costumbre se ha fundado un arte exquisito: el de hacer visitas y devolverlas. Las mujeres, que sostienen este hábito como tantos otros que sin ellas ya hubieran desaparecido, son maestras perfectas en estos torneos de la educación de las fechas y de las conversaciones triviales.

Las visitas, inútiles para la amistad de los que se visitan, son utilísimas para los sastres que cosen nuestras levitas, para los tipógrafos que nos venden las tarjetas, para las modistas que reforman á las señoras sus trajes de teatro, dándoles la *seriedad* que exigen los vestidos de calle, y para las publicaciones de moda, que pueden utilizar viejos grabados de periódicos extranjeros, poniendo al pie de ellos en castellano: «Traje de visita», y dar en el texto algunas advertencias sobre el modo de comportarnos en sociedad.

Para el resto de los mortales, las visitas son una molestia más de las muchas que impone el mundo. Al hombre casado se le imponen á medias el mundo y su mujer, y ésta con más fuerza aún, pues con el mundo puede quedarse mal, y debe quedarse mal en muchos casos, y contra la esposa no hay salvación posible.

El modo de proceder de un matrimonio, actor en esta farsa del visiteo, es el siguiente. Con intervalos de dos á tres días, la mujer repetirá la frase: «Tenemos que ir á casa de los señores de Tal.» El marido asentirá, pero sin ánimo de obedecer, organizando una resistencia pasiva que le producirá un resultado práctico de dos semanas próximamente. Pasadas éstas, la esposa habrá dispuesto toda la ropa del marido sobre los muebles de su gabinete ó sobre la cama matrimonial. Conocedora de que la camisa almidonada es el tormento masculino, habrá llegado hasta preparar los ocho botones indispensables en cada una de ellas, y habrá colocado la destinada á la visita con su flamante corbata extendida á ambos lados de la pechera. Hecho esto, se presentará vestida ante su esposo y pronunciará el «de hoy no pasa», frase irrefutable que,

aderezada con mimos, llevará al suplicio al pasivo rebelde.

Ya en la calle, los cónyuges piensan cosas distintas. El marido piensa: «¡Si no estuviesen en casa esos señores! ¡Si pudiéramos dar *tarjetazo*! La mujer... la mujer no piensa en nada, le basta con estar en la calle. Y así llega el matrimonio frente al portero de los señores de Tal. Pregunta el esposo: «¿Están los señores?» «Precisamente hoy es el día que reciben», dice el marido; en tanto que la señora piensa, sin decirlo: «Yo, sí; por eso te he traído...»

En la escalera la psicología matrimonial es la misma; en ambos existe la preocupación de la *toilette*. La señora, si hay ascensor en la casa, arregla frente al espejo, que sin duda para esto tienen los ascensores, algún descuidado detalle de su peinado ó de su indumentaria; el caballero también se mira y siente el pudor de verse vestido tan *expresamente* para aquel acto. Después...

Suena el timbre de la puerta del piso; un criado ó criada conduce á la sala al matrimonio, que aprovecha el tiempo que tardan en personarse los señores de Tal en recorrer con la vista muebles, cortinas y retratos.

Por fin se encuentran frente á frente las dos familias, cuyos títulos de amistad consisten en haberse conocido quince días en algún balneario ó en haber coexistido unos minutos en las reuniones de una tercera persona.

Entonces comienza la visita. ¿Y qué es la visita? La visita es un conjunto de habilidades que el caballero tiene que desarrollar para no aparecer ridículo, mientras la señora habla de lo malo que está el servicio doméstico con la dueña de la casa. La visita es cuanto hay de ya sabido en todas las cuestiones; es una mezcla de vanidades, afecciones, orgullos, lugares comunes, pullas mutuas y alabanzas propias.

Después de media hora de todo esto, la visita concluye. Sólo les resta á los que la han hecho esperar á que la pantomima se repita en su propia casa, pasado unos días. La amistad nada gana con estas fórmulas; sin embargo, subsistirán las visitas mucho tiempo.

Sus géneros son infinitos; visitas hay de mil clases, aunque ninguna tan violenta como la visita de *encargo* ó por recomendación de alguna persona ausente. ¡Mentira parece que se obligue á pasar por el trance de la entrevista á gentes que ni aun se conocen! Las llamadas de *cumplido* son también desagradabilísimas.

Tan sólo algunas visitas de *pésame* suelen resultar entretenidas, pero es porque en éstas el ridículo llega á límites extremos. Todas las demás son inaguantables y deben desaparecer.

Estrechen su trato cuanto quieran los seres que se aman, pero destiérrense esas farsas representadas con levita y chistera, en las que demostramos ser unos cursis incapaces de comprender los afectos. Y, sobre todo, no hablemos por hablar en ellas, si es preciso que las hagamos.

Yo he pensado muchas veces que sólo se debían visitar entre sí los sordomudos ó los hombres de ingenio. Aunque éstos han sido siempre enemigos del visiteo.

No concibo á ningún hombre superior sabiendo por dónde hay que doblar una tarjeta para sentar, ante un imbécil, plaza de distinguido.

LUIS DE TAPIA

## El canónigo y el rector

La adulación y el servilismo que en el orden privado de la vida social tantos males acarrea, son altamente dañinos cuando los ejercen personas de influencia y se dirigen á figuras de relieve que pueden acarrear grandes males si caen desvanecidos entre las nubes de este incienso que adormece y mata.

Casi al mismo tiempo, y no hace muchos días, Barcelona ha escuchado dos frases de adulación que son todo un simbolismo por las personas que las pronunciaron y por la significación que tienen aquellas á quienes fueron dirigidas.

Visita el obispo Laguarda la Universidad barcelonesa, y el rector, al despedirle, le dice:

—Auguro pronto á su ilustrísima el capelo cardenalicio.

El obispo se ensancha, entorna los ojos y hace un gesto teatral de humildad herida.

Visita el general Weyler la catedral de la ciudad condal, y al retirarse, le dice el canónigo que le hace los honores:

—Tengo la seguridad de que Dios concederá pronto á V. E. el tercer entorchado.

El general le mira, sonríe y calla.

He aquí dos escenas insignificantes al parecer, dos frases banales de cumplido, que son todo un mundo de enseñanzas y que sintetizan un estado de cosas que en España está haciendo mucho daño.

El magisterio no quiere al clero, su enemigo nato, y, no obstante, le adula; el clero abomina y está divorciado del ejército, y, sin embargo, se inclina ante él y le desea prosperidades.

Comentemos algo estos dos síntomas.

Se ha dicho siempre, y con razón, que el cura es la sombra negra del maestro; que son dos figuras condenadas á estar siempre en lucha perpetua; el uno siembra y el otro destruye; viriliza el primero los espíritus, los castra y afemina el segundo; el maestro



enciende la luz en las aulas, el cura la apaga desde las sacristías, como dijo Víctor Hugo. Entre estados figuras existe un abismo, un divorcio, una muralla que no puede salvarse jamás; no se concibe, no puede ser que vivan en pacífica convivencia; ó cae derrocado el maestro ó el cura, á no ser que se dé el fenómeno híbrido del maestro-cura por sus ideas y teorías, ó del cura-maestro por sus pretensiones y tendencias.

Si el cura fuera como es debido, la concentración del cura y del maestro en una sola personalidad sería el desideratum para todo buen sociólogo; pero el cura trae encima de sus espaldas el bagaje de verdades reveladas y repletas de misterios; el maestro lleva entre sus manos el tesoro de los conocimientos científicos demostrados y claros como la luz del día. Inspirase el cura en el oráculo divino y el maestro en la voz austera de la ciencia; el uno se esfuerza por llevar á la juventud al cielo; el otro sólo se fija en la tierra, que es donde el hombre ha de vivir y ayudar á su prójimo.

«La tierra es un destierro, valle de lágrimas, morada de paso», grita á los oídos de la niñez y de la juventud el cura. «No te detengas en ella, desconfía de sus ficciones venturas, mira al cielo que te aguarda.»

El maestro nos dice: «La tierra es nuestra madre y nuestro reposo; con la inteligencia, la voluntad y la cultura podemos hacer cada vez más deliciosa nuestra estancia en ella: aquí están nuestros afectos, nuestras ternuras, nuestras alegrías. El dolor y las lágrimas las ahuyentan los destellos de la civilización y los consuelos del progreso.»

En España se ha colocado al maestro bajo la tutela del cura; para la Iglesia el magisterio laico no ofrece garantías de moralidad absoluta; teme que inficione y envenene las almas, y ha puesto tras su estrado la silueta negra del clérigo, cual otro Tirteafuera, señalando los platos intelectuales que son dañinos y que, claro está, son todos aquellos que de cerca ó de lejos pueden lastimar los intereses del eclesiasticismo.

El Concordato concede en España á los obispos la facultad de vigilar los pastos del intelecto que se dan en Universidades, Institutos y Colegios oficiales, pueden denunciar textos, incoar expedientes á catedráticos, y hasta lograr que los expulsen de sus cátedras. Esto pública y legalmente; con trabajos indirectos de zapa hacen guerra continua al profesor que no se amolda en absoluto á las doctrinas salvadoras del catolicismo.

El rector de universidad que quiera estar tranquilo ha de estar á partir un piñón con el obispo; por eso el Dr. Bonet, rector de Barcelona, adula al obispo y le cuelga ya la púrpura cardenalicia; y para dar pruebas de cuánto anhela servirle, da un cerrojo á las conferencias de Gámbara por ser juzgadas heterodoxas. Camino de Roma están los escritos de Gámbara para que los juzgue la Congregación del Índice; si resultan pecaminosos, que si resultarán, pueden estar seguros los barceloneses que lo que es Gámbara no volverá á hablar en la Universidad, porque el obispo invocará las facultades que le concede el Concordato.

¿Y qué diremos de los *flirteos* de última hora del clero con el ejército? La consigna nea es hablar mucho, ahora, de patriotismo y amor al ejército liberal, que odian con toda su alma. Quieren cargar sobre los avanzados la nota de antipatriotistas que á ellos les coge de pies á cabeza; por eso hacen arrumacos al uniforme que ha custodiado sus templos y conventos, sin perjuicio de decir en sus periódicos que en las revueltas de Barcelona los soldados estaban en complicidad con los revoltosos, y censurar agriamente al capitán general Manacant y al ministro de la Guerra pasado por sus órdenes y táctica en la defensa de la ciudad de Barcelona. El que lo dude repase los últimos números de *El Correo Catalán*, donde las censuras á las autoridades militares de aquellas jornadas son tan duras como injustas.

El clero y el monaquismo saben muy bien que el ejército español es liberal, culto, que vive y piensa á la europea, que no ha podido clavarle el diente aunque lo ha intentado, y que aquí el sistema de fichas á lo Mercier de Francia es imposible; pero ahora le conviene hacer plataforma para sus fines del amor á Marte, y desde el atrio de la catedral dice á una de sus figuras más prestigiosas y que más odia, que *Dios le conceda pronto el tercer entorchado*.

El magisterio adula al clero y el clero adula al ejército. Mala señal, malísima. Estas reconciliaciones aparentes presagian tempestades.

FRAY GERUNDIO

Barcelona, Noviembre, 19 9.

## REGALO Á MIS LECTORES

El Nuncio de Su Santidad Pío X le ha soldado un varapalo tremendo á *El Siglucho Futuro*, por desvergonzado y rabaneresco en sus diatribas, en las que compite con el también rabaneresco y desvergonzado periodico catolicucho *El Universucho*.

Con tan plausible motivo, y para que se en ere el Nuncio de que aún hay clases en la prensa española, es decir, periódicos decentes, voy á enviarle una razonada Exposi-

ción, en solicitud de que me conceda los miles de años de indulgencia que le acomode, á fin de repartirlas luego entre mis lectores, en premio al buen gusto que demuestran no leyendo esos papeles de letrina; letrina clerical, que es la más asquerosa.

Regodeaos, amados lectores, con la esperanza de recibir un día de éstos una remesa de indulgencias, francas de porte, y preparad una cesta donde colocarlas, á fin de que quede cumplida en esta ocasión aquella frase: «de lo que nada cuesta, llenemos la cesta». Esta circunstancia, la de proporcionarlas gratis, os dará á entender que los curas no le reconocen valor á las indulgencias.

Mas advierto que acabo de decir una tontería, pues sabido es que cobran mucho dinero por cosas que tampoco valen nada.

Pero esto no hace aquí al caso; lo importante para vosotros es saber que vais á proveeros de indulgencias, y por conducto de *El Motín* nada menos. ¡Miel sobre hojuelas!

Os agradeceré que me agradezáis el obsequio, y que me lo paguéis rogando á Dios por mi alma en vuestras cortas oraciones.

## EL RIVAL

Subía esta tarde por la calle de Toledo una de esas orquestas ambulantes de irredidos que forman á la par la naturaleza con sus desaires y la humanidad con su despiadado egoísmo. Seguían á los músicos unos cuantos chicleos y dos ó tres grandullones, en extremo desocupados cuando en tal faena perdían el tiempo. No sin penosos trabajos y sorteando riesgos sin cuento, atravesaron todos la muralla de carne que desde la puerta de Novedades hasta la opuesta acera se tiende todas las tardes de fiesta, y ya en salvo, á veinte ó treinta pasos de aquel bullicio, bajo un balcón plerórico por cierto de belldades apetitosas y soberbias, decidieron los artistas instalarse, y, una vez más, llamar en su auxilio á la caridad ajena.

Para que os forméis una ligera idea de esta triste comparsa, vosotros los que no sabéis de ellas, os diré que los míseros que la componen llevan todos en sus caras angulosas y pálidas hondas señales de abandono, de miseria y de tormento. Para completar el trágico cuadro, repartir lo más extravagantemente que podáis estos detalles de indumentaria: unas gafas ahumadas, un sombrero de copa pardusco, unas alpargatas negras, un gabán irrisado, un hongo aplastado marrón claro, un chaleco abierto hasta el último botón... Quiero hacer constar, sobre todo, que el clarinete es un hombre pulquérrimo, esclavo del método y del cepillo. Me lo revela el brillo de su traje, y aquel detalle definitivo de la bolsita de paño verde, donde, cada vez que acaba de tocar, guarda con tanto cuidado la boquilla del instrumento.

Con los músicos va un avariado tenorino, que en sus buenos tiempos danzó con mala estrella por los coros de los teatros provincianos, y que, á la postre, en tal trance se ve como premio. ¡Qué inmenso océano de ironías es la vida humana!

Pues sin embargo de tan gran cantidad de desdichas que juntan estos hombres, no han sabido encontrar medio de salvación, y bajo la pesadumbre de plomo de sus males, van rectos al abismo por apartarse de la línea recta.

Ellos se vieron un día arrojados del festín, y maquinaron cómo conseguir sin gran esfuerzo sus placeres. Se dijeron: explotemos la piedad, y puesto que el vulgo es necio, siendo esclavos de la rutina, venceremos.

Se aprendieron unos cuantos trozos de música popular que ejecutaron por calles y plazuelas, ofreciendo como propina los alaridos del triste cantor. Las gentes tuvieron lástima de ellos, y se compadecieron, y pagaron con limosna el arte para la limosna aprendido. Un mes, dos meses, tres vivieron así; al cuarto eran conocidos ya en todas partes por sus monótonas tocatas, y las bolsas se cerraron para la rutina. El vulgo no es necio del todo.

Así las cosas, un día surgió denodadamente frente á la comparsa un verdadero artista, joven, minúsculo de estatura, pero de alma grande y voz seductora y armoniosa. Iba sólo. Cantaba bellas estrofas que conmovían á las gentes. Recitaba magistralmente trozos de poemas que albergaban siempre en el fondo tesoros de ruda y hermosa verdad. En una palabra: atraía, convencía, sugestionaba.

Y las simpatías y el cariño y la piedad y las monedas fueron para él. Desde entonces, cuando los viejos músicos se establecían en un sitio, miraban siempre temerosos alrededor, presintiendo al formidable rival. Decidieron, furiosos, anular su labor, ahogando sus notas dulces y melodiosas con el estridor de sus instrumentos, unidos con tal fin en loca algarabía. El joven cantor minúsculo hacía sobresalir su voz del oleaje encespado de las cuerdas vengadoras y de los pitos furiosos. Decidieron anularle á él, y se salvó por el apoyo de las gentes que lo seguían entusiasmadas. El odio de los viejos rutinarios dió la victoria al joven cantor de bellas estrofas, donde el amor y la verdad se unían para unir y entusiasmar á las gentes.

Dedico esta cróniquilla simbólica al cacique de Cartagena y á mis queridos amigos Chantilly y José de Alcaraz, fundador y actual director, respectivamente, de *El Liberal de Cartagena*.

ARTEMIO

## ¡Por ahí!... ¡Por ahí!...

En el pueblo de Mirabueno (Guadalajara) se verificó en la tarde del 30 de Noviembre el entierro civil de D. Victorino Torcida de la Torre, primero de la serie.

Apesar de que estaba nevando asistió la mayoría de los vecinos del pueblo, el ayuntamiento en masa, el juez municipal, el fiscal, el teniente, el médico, el veterinario, varios forasteros y muchas mujeres.

Y nadie fué allí engañado, pues se les advirtió con tiempo á todos que, por el hecho de asistir, quedaban excomulgados, cual corresponde á toda persona decente en estos tiempos. Sólo un vecino sintió escrúpulos y no fué: el Señor se lo premie el día del Juicio final.

El de la coronilla pelada está que echa las muelas, como es de suponer, sobre todo por haberse enterado de que el hermano del difunto entregó al único pobre de solemnidad que hay en la población, un tal Guillermo, las 17 pesetas 50 céntimos que debió cobrar él por el enterramiento. ¡17 pesetas de su alma! Con ellas pudo haberse comprado un alzacuello de abalorios, un par de zapatos de orillo y unos calzoncillos de bayeta amarilla para abrigarse este invierno. Ya se la pagarán los vecinos.

¡Y pensar que con esto sólo, nacer, casarse y morirse sin intervención de curas ni frailes, se arreglaría la cuestión clerical en España!

Felicito á los vecinos de Mirabueno por haberlo comprendido y practicado tan unanimemente, y recomiendo á los de todos los pueblos de España que los imiten.

## Del natural

Cae enferma del tifus una anciana exlavandera. Vive con un sobrino, mozo de treinta y tantos años, que gana lo preciso para mantenerse los dos.

La casa donde moran es pobre y está situada extramuros; los vecinos se conocen y traían de mucho tiempo, prestándose esos mutuos favores que son de rigor entre la gente del pueblo en Madrid.

Pero el tifus... No se juega con enfermedades tan temibles como esa. Las más de las vecinas tienen niños pequeños... Por hacer una obra de caridad no se debe exponerlos al contagio. Pero en el fondo del pueblo siempre hay alguien que merece la cruz de Beneficencia, aunque no se la den.

Una mujer resiste todas las sugestiones del miedo y todos los avisos de la razón. Ella cuidará á la anciana mientras el sobrino está en su trabajo, ganando el jornal al otro extremo de Madrid. Resuélvese así el conflicto. Pasan dos días.

Mientras tanto, ha entrado en acción el ama de la casa, mujer ordinaria y católica, que vive en el mismo inmueble y conmina á la piadosa enfermera con retirarle su protección (algunos mandados pagados pesimamente) si no abandona á la desdichada tífica. No, no la admitirá más en su cuarto; es una portadora de la peste. Y si se resiste, la echará de la casa.

¿Qué hacer? La infeliz habita allí hace muchos años; no tiene dinero para mudarse; los cuchitriles andan por las nubes... Se ve obligada á transigir, con pena. Díceselo al sobrino de la mujer doliente. ¿Qué harán? Ya cae. Próximo al taller donde aquél trabaja hay un convento, una agrupación de «hermanitas» que están consagradas á eso, á la asistencia domiciliar de enfermos pobres. No tiene más que ir allí.

El hombre no cree, no es católico; conoce la mercancía y á los que la expenden. Pero no va á dejar á su segunda madre morirse sola entre cuatro paredes, ni es posible que él la asista sin perder el jornal que es la salvación de ambos...

Llégase á las «hermanitas», expóneles el asunto, y, con timidez, inicia la especie de enfermedad de que se trata.

—Cuanto más peligrosa y repugnante sea—dice la superiora—más es de nuestro gusto acudir al remedio.

Al día siguiente van dos «hermanitas» exploradoras, y al subsiguiente, la que entra en funciones de enfermera. Estará sólo durante el día; de noche la reemplazará el sobrino. Si la enferma habitase cerca del convento, tendría asistencia doble, guardia diurna y nocturna, como persona real.

La enfermera es otra anciana, una galleja todavía ágil y fuerte. Barre, fríega, guisa, desempeña todos los menesteres de su comisión como una maritornes, con llanza y naturalidad, sin darse pisto de santa.

El primer día, no esperando hallar menagerios en cama de galgos, se llevó unos suculentos filetes para su ordinario yantar. Pero ya el hombre había dejado la menestra preparada, y ella la cocinó, guardando

el solomillo para el jornalero. Vino éste á la noche y ella le dió los filetes, diciendo: Usted los necesita más, que ha de trabajar y tener salud para mantener á su tía.

Encaróse con ésta y añadió:

—No se dan hoy sobrinos ni aun hijos así. Duró quince días la enfermedad. En todos ellos, la «hermanita» cumplió con el deber que se había trazado; siempre llevaba filetes para el sobrino, cuidaba matemáticamente igual de la tía enferma, y sólo tomaba un poco de sopa, unos contadísimos garbanzos, un escrúpulo de carne y cuarenta céntimos para el tranvía, que el hombre dejaba sobre la mesa al irse á trabajar.

¿Es este un caso raro, digno de admiración capaz de santificar á toda una comunidad religiosa y á todas las comunidades religiosas?

Yo lo presento tal cual es (soy amigo de la verdad) y se lo brindo á los reaccionarios de todos los matices por si les sirve de argumento contra nosotros.

Me permitiré, no obstante, algunas palabras á guisa de comentario ó explicación, si D. José Nakens tiene la bondad de concederme el espacio suficiente.

Esa «hermanita» galleja está hecha en el mismo troquel que la vecina piadosa; pero á una la impidió el ejercicio de su bondad natural una casera católica y egoísta, y á la otra se lo permitió su superiora por egoísmo de la orden católica á que ambas pertenecen.

Napoleón sabía de antemano que iba á perder sesenta mil hombres para ganar una batalla y no le dolía sacrificarlos con tal de conseguir su objeto. Los generales del movimiento bélico religioso no vacilan en poner filas de sus oscuros combatientes frente al peligro mortal para que sobre esos cadáveres innumerados se alce y brille su insolente poderío. En todas las milicias, incluso en la de Cristo, hay carne de cañón.

Esas «hermanitas» que mueren en los hospitales y en los campos donde se bate el cobre, curando enfermos y heridos, son el reclamo, la muestra engañadora y fascinante de un comercio colosal que tiene por objeto y fin hacerse con los más grandes negocios del mundo.

Y entrando en lo individual, en la obra aislada, personalísima de esos comparsas inconscientes de la gran comedia religiosa, no es tan admirable el caso como parece á primera vista. Sin prestigio de santidad hacen lo mismo que ellos muchos individuos de todas las clases sociales. No visten, ni calzan, ni tienen la comida segura invariablemente los albañiles como las personas de estado eclesiástico ó adseritas á cualquier beaterio, y para construirnos las viviendas se exponen todos los días á una muerte trágica, con la agravante de dejar á su mujer y á sus hijos en la miseria, contingencia de que están libres los célibes, los castos miembros de las comunidades religiosas y agrupaciones similares.

Y como los albañiles, todos los hombres que trabajan. Acordémonos de aquellos estudiantes de Medicina que murieron el año anterior asistiendo personalmente á los enfermos del tifus exantemático; acordémonos de sus profesores que corrieron la misma infausta suerte. Todos los médicos luchan á brazo partido con las enfermedades infecciosas y contagiosas; todo el mundo está en pugna diaria con los peligros de la lucha que sostiene para vivir sin dormirse en brazos de la holganza, y á nadie se le ocurre elevar á principio de virtud religiosa el acto natural de vencer las resistencias opuestas al triunfo de nuestros afanes.

Esa «hermanita» galleja, como tantas otras, le habrá visto su cara de hereje al hambre, como se la vió el Espartero, y para no volvérsela á ver, se ha reenganchado una porción de veces en la comunidad donde está sirviendo veinticinco años, tan sana y tan ágil á pesar de los otros veintisiete que lleva á cuestas.

Dos factores entran en este estudio del natural, dos puntos á resolver, y ya están claros como la luz. Primero: que el estómago con sus exigencias nos empuja hasta el heroísmo y las exaltaciones místico-religiosas. Y segundo: que hay un estómago central, colosal, universal ó católico, que se nutre con todas las partículas del heroísmo ajeno para sublimarse ante sí y ante el orbe en una apoteosis de asiática adoración.

BENIGNO PALLOL

## El cura odiado

—Si, los odio con toda el alma, les deseo una desdicha eterna, el infierno, si le hay... todos los males juntos—me decía el hombre aquel. Era un vehemente, un viril, un corazón vibrante para todas las pasiones.

Usted no sabe cómo se vive en la aldea, añadió; cómo soporta el aldeano la carga del cura, siempre amo y siempre obedecido. Insulta desde el púlpito, no deja hacer bailes, prohíbe el trabajo, el amor... todo. Si se habla con una muchacha, se condena uno; si no se va á misa, al infierno con el recado; si no se dan los panes correspondientes, castiga Dios; si come usted de carne en viernes y lo sabe él, lo cuenta desde la cátedra y le acusa y manda á los convecinos que se le aparten. Va á casa de usted y le obliga á la confesión; se mezcla en el matrimonio de su hija de usted, y le prohíbe que se case con Fulan... Es espantoso. No



sé cómo hay conciencias que puedan soportar una ingerencia tan despótica. No sé cómo hay pueblos que puedan vivir así, con la eterna sombra negra metiéndose en todos los rincones de la vida privada y de la vida íntima... No le dejan a uno ni la libertad de ir al infierno. ¿Por qué se ha de meter usted en que no vaya? Quiero. ¡Pues que me dejen! Es terrible una esclavitud tan poderosa, tan omnívota, que se empeña en entrar hasta en el fondo más escondido de las almas.

...Antes que me echase el hambre de la casa de mi madrastra, había muerto mi padre. Entre mi madre y mis hermanas, mayores que yo, sacaban la miserable vida para todos. El trabajo de veinte años no había conseguido un ahorro siquiera, y mi padre se fué al otro mundo cansado de tirar de la reja como un buey. ¿Para qué había vivido, levantándose al amanecer y volviendo del campo después de una lucha bárbara contra la naturaleza, *divertida* en ahogarse en el incendio de la llanura muchos días, y en aniquilarse en el hielo del cierzo nevador otros? Las tierras no daban el pan necesario; al hijo mayor se le quitó la patria, esa ladrona que roba hijos...; el cacique le robaba media personalidad obligándole al voto; el cura le quitaba la otra media, obligándole a creer... ¿Para qué vivió entonces? ¿Se cansó de vivir, ó, entendiendo en su filosofía ruda el mal enorme que preside el mundo, se encogió de hombros y tuvo asco?...

Ello es que se murió, amigo mío, y que, más solos todavía, el trabajo se duplicó y la vida fué más difícil. Yo me fuí a Cuba para mandarles algo. Pero tengo un recuerdo doloroso, amarguísimo, duro como una mirada odiosa, de aquellos últimos días del pueblo. Ahora, corrido el mundo, tengo la vergüenza más grande, cada vez que voy a la aldea y veo a todos mis parientes sin personalidad alguna, anulados por el señor cura, que dice esto y que dice lo de más allá...

Era un día de fiesta, empeñada la Iglesia en que se guardase contra la voluntad de los que trabajaban. ¿Tanta comida había en el pueblo, tanta sobra de dinero había por la aldea para que no se fuese al campo aquella mañana? Mi madre, la pobre, cogió el azadón al hombro y se echó por la calleja adelante, camino de la tierra. Se podía aprovechar la mañana muy bien, y me hizo ir con ella para que la ayudase. Unos tremendos nubarrones venían empujados por un viento de nieve desde el lado de allá de los montes que cercaban el valle. Un grupo de aves de invierno se levantó del río, graznando en el amanecer triste del pueblo. Cuando íbamos a pasar por delante de la casa del cura, éste apareció en la ventana, abriéndola estrepitosamente. Sonó entonces la campana de la torre, llamando a misa.

—Eh, ¿dónde vais vosotros?

—Voy a *escobar* un ratucu, don Estanís.

—¡A casa otra vez y a dejar el azadón! Es fiesta de guardar. Y mucho ojo conmigo. Y como nos quedásemos clavados frente a la ventana, sin atrevernos a volver ni a continuar, dijo de nuevo con una furia de amo:

—¿Queréis que baje yo? Pues esperad un poco y veréis ¡animales!...

Mi madrastra se volvió, agachada la cabeza como un perro amenazado. Yo la seguí hacia casa en aquel paseo vengonzoso y cobarde, con un dolor muy hondo de esclavitud, que no entendí bien hasta después de pasados algunos años en otro mundo de libertad y de cultura...

Recordando ahora mi madre muerta y libre, mis hermanas conmigo fuera de la aldea indecente, aquella vuelta a casa contra nuestra voluntad soberana de haber trabajado todas las horas del día y de la noche, me parece la vuelta derrengada de la yunta ó el cambio forzoso de camino de dos ovejas escapadas y libres...

¡Ah, si ahora le cogiese entre mis manos, cómo habría de pagarme aquella ofensa!... ¡Mal hombre!... Así borrraría tal vez de mis ojos y mi alma aquel color negro de la mañana, toda la tristeza de aquel amanecer del campo, con el graznido de las aves de invierno y la imagen encorvada de la pobre madre, echada a la casaca por la amenaza de aquel lobo...

—R. SÁNCHEZ DÍAZ

## La trata de blancas

Va uno a Madrid y, tire por donde quiera, na de salir a la Puerta del Sol; si va a San Sebastián, irremisiblemente da con su persona en la Concha, como en Málaga en la Alameda, en Burgos en el Espolón ó en Sevilla en la calle de la Sierpe.

Pues no le den vueltas, tomen el camino que quieran y sea el que fuere el asunto de que se trate, saldrán siempre al mismo sitio: a la Iglesia.

Aquí a nadie le es permitido venir honestamente al mundo sin la intervención de la Iglesia, ni constituir familia sin que el cura se atraviese en el camino, sable en mano, ni morirse sin que le amarguen los últimos momentos con terribles augurios y untos precursores del próximo finiquito.

La Iglesia tiene la poco envidiable misión de no dejar a nadie vivir ni morir en paz. Y lo que hace con los individuos lo realiza en la sociedad, mezclándose en todas sus instituciones, hasta el punto de encontrarnos a la Iglesia hasta en la sopa.

«Somos de ayer, decía a los paganos Plinio el Joven, y ya llenamos el foro, el ejército, el Senado y la administración pública; sólo os hemos dejado los templos.» Los clericales de hoy ni aun los templos quieren dejar a los desidentes. La enseñanza, la beneficencia, la milicia, el foro, las instituciones y el Estado mismo, se encuentran en poder de la Iglesia, sin que España se asombre de verse clerical. Y eso que el fracaso de la Iglesia en todos sus intentos, incluso en el religioso, está latente en la conciencia nacional.

Nosotros hemos tenido la satisfacción de derrotarla dos veces el siglo pasado en los campos de batalla cuando intentó imponernos a cañonazos la fe vaticana con Carlos V y Carlos VII, luchando contra la dinastía liberal y democrática de D.<sup>a</sup> Isabel y de don Alfonso.

La hemos visto fracasar en el terreno de la moral y de las buenas costumbres, ya en las más sagradas y respetables personas, ya en sus instituciones, ya en sus más altos y enconados adictos de la clase de legos.

Obispos de humildísima extracción que testan por millones de pesetas, como Monescillo, a favor de una su protegida y a costa del fondo de reserva; ó como Sancha que trató de apoderarse de once millones de las Sisas del Ayuntamiento de Madrid y que tuvo que devolver corrido como una mona; prelados que rechazan ruidosamente las diócesis como Valencia a Nozalada ó los lanzan a pedrada limpia como a Rincón en Teruel y a Guisasaola en Jaén, ó viven en continua lucha con sus diócesanos; comunidades religiosas que reclaman del Estado deudas imaginarias, con documentos falsos, según manifestaciones del ministro de Hacienda; conventos donde se maltrata a las monjas, que huyen por las ventanas, ó los tejados ó se suicidan; religiosas que se escapan con empleados de las prisiones donde prestan servicio de santos Institutos; frailes que roban sus conventos y raptan doncellas, abusando de la confianza que a sus familias inspira el hábito; curas asesinos, pederastas, estafadores, mujeriegos y públicamente amancebados; católicos calificados que roban a las comunidades religiosas y se pegan un tiro; matrimonios aristocráticos de la *creme* jesuítica que viven escandalosamente, acusándose de adulterio y entablando divorcios ante los tribunales; distinguidos miembros del clericalismo militante acusados de prevaricación y estafa.

Entronizado el cohecho, maltratada la justicia, escarnecida la virtud, en triunfo el vicio: ¿de qué puede envanecerse la Iglesia? ¿Qué hacen los sesenta y dos obispos, el clero catedral y parroquial, los jesuitas, los frailes y las monjas, con un personal de ciento cincuenta mil ministros de religión, maestros y maestras de la moral? ¿De qué sirve el inmenso sacrificio que el país se impone para sostener a estos fracasados por confesión propia?

La religión y la moral decaen visiblemente por culpa de la misma Iglesia, que como el caballo de Atila no deja crecer la hierba donde pone los pies. Ya venía de capa caída eso que llaman sentimiento religioso y moral católica, cuando se nos vino encima la plaga jesuítica y frailuna que padecemos, y como es cosa sabida que la religiosidad de los pueblos está en razón inversa del número de los ministros del culto y de la coacción que se ejerce sobre las masas, si se logró arraigar la hipocresía fué sólo a costa de la moralidad.

La Compañía de Jesús recabó para sí la exclusiva de las instituciones sociales de carácter moralizador, y con los millones que el Gobierno regala anualmente al marqués de Comillas, fundó bajo la dirección del P. Sanz en Madrid, la Asociación de *Padres de familia*, en la que se inscribieron todos los reaccionarios más conspicuos y renombrados y no pocos liberales. La Asociación tenía por objeto principal proteger a las menores de edad en peligro de prostituirse y, en efecto, nombrado jefe cierto joven que acabó por ser amigo mío por lo que no lo nombro, él y sus auxiliares se dedicaban a prostituir a las niñas abandonadas que ya no lo estaban y a gastarse en orgías los dineros del marqués desfalmando la institución en 40.000 pesetas en pocos meses. ¿Y saben ustedes lo que se ocultaba bajo aquel postilento cieno? Un espionaje miserable organizado por el secretario del obispo D. Julián de Diego Alcolea, contra el clero madrileño y una agencia electoral con ramificaciones en toda España. Es claro que aquello fracasó ruidosamente y el P. Sanz, de ingrata memoria, fué silbado hasta por sus mismos colegas y reconvenido por su escaso acierto por el marqués de Comillas.

Pero el jesuita ni se arrepiente ni se enmienda, y resucitó de sus escombros la Asociación de *Padres de familia* con el sugestivo y revolucionario título de: *Trata de blancas*, haciendo la institución función del Estado, poniéndola bajo el patronato de elevadísimas personas, siempre, es claro, bajo los auspicios de la Iglesia, a la que auguro otro nuevo fracaso.

La *Trata de blancas* se contrae, como la Asociación de *Padres de familia*, a impedir el infame tráfico de las menores de edad y a la reforma de las arreperitadas, nobilísimo objeto y plausibles fines que han de merecer todas las simpatías de las gentes honradas; pero está por medio la Iglesia y ya se sabe lo que ésta da de sí: el asilo, el convento, el uniforme, la misa diaria, la comu-

nión frecuente, un rancho infame, un traído de las monjas, un trabajo horrible y una explotación inaguantable; un presidio con sus cabos de vara inclusive.

Las Adoratrices, las Trinitarias de Méndez y las Oblatas del P. Serra, serán las encargadas de moralizar las jóvenes sustraídas de la trata: ya están frescas. Una de las condiciones que más escrupulosamente se cumplen con las asiladas en las Oblatas, es la de que no aprendan a leer ni a escribir, según disposición del fundador, el obispo de Daulia.

Reconozco en las personas que figuran al frente de aquella institución las mejores intenciones, y como eso de la *Trata de blancas* es tan genérico, me permito apuntar la idea de que la acción benéfica se extienda al asilo, al beaterio y al convento, donde, a juzgar por las denuncias, por las fugas y por los relatos horripilantes de las que pueden escaparse de aquellas cárceles, la trata de blancas reviste caracteres muy alarmantes. Y no se apure el Gobierno ni las damas distinguidas por no saber qué harán de sus protegidas cerradas el camino del aulo religioso; yo se lo diré.

Funciona en Nueva York esta obra benéfica con el título de: *Misión de la media noche*, destituida de todo carácter religioso, aunque al Consejo general pertenecen el arzobispo, el gran Rábino y el presidente del Consistorio protestante.

Los socios y socias, activos señores de la más alta sociedad newyorkina, salen a la calle, en sus turnos y distritos respectivos, a media noche; y como las chicas de vida alegre se conocen porque suelen morder un pico del pañuelo de bolsillo y echarlo sobre el hombro sin soltarle, es fácil el acceso y ponerse al habla con la que constituye el objeto de la catequesis moral.

La señorita de la Misión no perdona medio para persuadir a la desgraciada del abandono de la mala senda emprendida, la invita a cenar, nace la simpatía y la amistad que sella la lozana juventud y queda hecha en muchos casos la conquista.

La Misión dispone de un suntuoso palacio, alegre, bien ventilado é iluminado, con aposentos propios para alojar a la señorita más exigente; baños, hermoso comedor y magníficas dependencias. Allí queda alojada, en completa libertad para salir y entrar la protegida de la Misión, por un número determinado de días.

En las visitas que su nueva amiga le hace ó en los paseos cotidianos acuerdan los nuevos rumbos de su nueva vida y el oficio ó profesión a que ha de dedicarse para buscarle colocación; algunas prefieren volver al lado de sus padres, para lo cual se le dan todo género de facilidades.

En todas las ciudades, villas y aldeas del Estado existen socios protectores de la Misión, dispuestos a recibir en sus casas como empleadas ó sirvientas a las protegidas, bajo juramento de no quebrantar el secreto de su procedencia, que sólo pueden revelar al que la pretendiere formalmente para casarse con ella.

Esto sí que es algo práctico; pero lo que aquí se haga sin salir del camino que conduce a la Iglesia, música celestial.

CANTAFLARO

## En el umbral de la muerte

Dos hombres agonizaban al mismo tiempo. El uno en la riquísima alcoba de un suntuoso palacio; el otro en la miserable buhardilla de una casa de vecindad.

El uno y el otro habían sido amigos, juntos habían pasado su juventud, y si se separaron en la edad madura, más que porque se hubiera enfriado su afecto, fué por la diferencia de opiniones de las familias que se habían creado. Católica la del uno y libre-pensadora la del otro, se repelían mutuamente.

Prosperaron los negocios del uno, fueron de mal en peor los del otro y la diferencia de posición acabó la obra del alejamiento que la religión había empezado; su amistad se quedó en recuerdo grato, como todos los de la juventud, pero cada día más apagado. Los hijos del uno ni aun conocían a los del otro.

El primero llegó a vivir en un palacio, el segundo acabó por ocupar una buhardilla.

Entre el moribundo y su familia se había empeñado una ruda batalla.

El catolicismo quería hacer de aquellos despojos de la vida un nuevo trofeo de su grandeza; quería estampar su huella sobre aquella frente que comenzaba a helarse por el soplo de la muerte y se había propuesto hundir sus garras en una conciencia que pronto pasaría las puertas de la eternidad.

En el apogeo de su grandeza, rodeado de los productos más exquisitos de la industria humana, se retorció aquel espíritu agobiado por los terrores que amontonaban sobre él una esposa fanática y unos hijos embrutecidos por las sombras que una religión desnaturalizada y corrompida había amontonado en sus almas.

Como el rico avariento pedía a Lázaro una gota de agua que calmase el horrible

ardor de sus entrañas, así pedía el rico moribundo una mirada cariñosa, una frase consoladora, un ademán afectuoso que le sirviera de despedida al caer en los brazos de la muerte. Pero las miradas le invitaban a fijar las suyas en el Cristo flagelado y sangriento; los ademanes señalaban a un rincón donde, velado en la sombra, mascullaba un cura rezos ó maldiciones y las palabras eran desconsoladoras y crueles.

—¡Confiesa! Tu obstinación es la obra del infierno que no quiere abandonar su presa. Satanás te inspira su orgullo y Luzbel cierra los ojos de tu espíritu. ¡Ay de ti! Para el que muera en la impiedad serán los tormentos infinitos y eternos, los tormentos que impone un Dios inaccesible a la bondad é incapaz de perdón para los que le desconocen. Ya nos parece oír su irritada voz que te grita: ¡Maldito seas!

¡Pobre moribundo! Tiembla y se estremece, sus ojos debilitados creen ver cruzar espectros diabólicos, cuyos ojos lanzan fulguraciones siniestras y cuyas manos armadas de garras, se clavan en sus entrañas y arañan su cerebro con delectación espantosa. Cierra los ojos y los ve con mayor claridad, y en tanto, con la horrible monotonía de un martillo que golpea su cerebro, suenan en sus oídos aquellas palabras. ¡Confiesa! ¡Confiesa! ¡Confiesa!...

El cadáver yace en un ataúd lujoso, sobre su pecho brilla un marfilíneo Cristo y sus manos están piadosamente cruzadas. A su alrededor arden, chisporrotean y lanzan nubes de humo pestilente los cirios colocados en lujosos candelabros. A sus pies reza un sacerdote postrado de rodillas.

—Ha muerto como un santo—dice la familia.—Ha hecho una confesión admirable—murmura el sacerdote.—Feliz él, que sin duda goza de la eterna bienaventuranza—concluyen todos.

El rostro del cadáver, dolorosamente contraído, revela los tormentos a que le sometieron para arrancarle una confesión que le repugnaba y para que fingiera una conformidad que no sentía.

Sus honras se celebraron con extraordinaria pompa, y el predicador que pronunció su oración fúnebre eligió por tema las palabras de San Mateo: «Felices los que reposan en el seno del señor.» Las esquelas mortuorias afirmaban que murió «después de recibir los Santos Sacramentos».

Los últimos rayos del sol entraban en la alcoba. Sobre un lecho pobre, pero limpio, agonizaba un hombre.

Sus hijos, arrodillados a su alrededor, cubrían de besos sus manos descarnadas, y su esposa, la compañera de sus luchas, la que había compartido con él triunfos y derrotas, placeres y amarguras, limpiaba amorosa el sudor que brotaba de su frente. El moribundo se veía envuelto en un nimbo de amor, y al dejar la tierra lo hacía sin los horribles temores del católico, sin ver fulgurar sobre su cabeza la espada de un Dios más vengador que justiciero, más implacable que misericordioso.

Sonreía como el trabajador que va a descansar, como el artífice que ha terminado felizmente su obra, como el que no ha hecho derramar una lágrima ni exhalar una queja. Y su esposa y sus hijos se sentían consolados mirando aquella frente que la muerte hacía augusta y recogiendo las últimas miradas llenas de amor con que el que iba a abandonar la vida se despedía de los seres amados.

Y en tanto, los últimos pensamientos de aquel cerebro próximo a desorganizarse llenaban de dulce conformidad al enfermo, que pausado, solemnemente, con acento que parecía un murmullo mundanal exclamó:

—He cumplido la ley universal de la existencia; he sufrido y he amado, y lego a la sociedad hijos educados en el amor al trabajo y en la santa religión del deber; no serán los soldados de la tiranía, ni los defensores del abuso, sino los apóstoles del bien y los porta-estandartes del progreso, sin aspirar a otro premio que a la satisfacción del deber cumplido.

Reclinó la cabeza sobre la almohada y con voz débil repitió las palabras de Séneca: *Post mortem nihil, ipsaque mors nihil*. Después de la muerte nada y la misma muerte nada. Un ejemplo que fortaleza y consuele a los que quedan ó un penoso recuerdo que los avergüenza y que despierta odios y rencores. Después el olvido eterno.

Nadie se preocupa de la flor que produjo la semilla; pero la semilla no se pierde, y en cuanto le son propicios los medios, florece y fructifica de nuevo; el hombre desaparece, pero queda su obra.

J. AMBROSIO PÉREZ

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 81



## EL TRIUNFO

Ha sido grande, porque hemos luchado contra todo lo que aquí se creía invencible: Iglesia, clases conservadoras, carlistas...

Influencia, dinero, todo lo tenían. Y en cada convento un fuerte, y en cada iglesia un club, y en cada beato un propagandista, y en cada beata una serpiente tentadora. Y los obispos dictaban circulares recomendando sus candidatos; y los esbirros de la pluma escribían hojas difamatorias... ¿Qué más? Hasta los frailes facilitaban recursos pecuniarios. ¡El colmo de lo inconcebible! ¿Si tendrían interés en triunfar?

Y, sin embargo, han sido derrotados por completo en las poblaciones más ilustradas; las que verdaderamente representan el espíritu nacional... Y en muchísimas otras no han podido impedir que la democracia y la libertad estén dignamente representadas en los municipios.

Pero lo que ha sido verdaderamente vergonzoso para ellos, es lo de Madrid... ¡Ni un sólo candidato han sacado a flote! ¡Hermoso, brutalmente hermoso!

Aunque lo más importante de estas elecciones, no es haber sacado mayor ó menor número de candidatos triunfantes, no; lo más importante es que el pueblo ha podido comprobar lo inmenso de su fuerza, y la utilizará siempre que se presente la ocasión.

Y esto aumentará su esperanza, duplicará sus bríos y le permitirá exclamar, no con la vana jactancia del liliputiense puesto en zancos, sino con la varonil confianza del gigante poderoso:

¡Yo, soy yo!

## Significación del triunfo

La derrota de las derechas en las pasadas elecciones ha sido la redención moral de España. De haber triunfado, hubiéramos merecido que Europa nos barriese.

Esa derrota, sobre todo en Madrid, significa esto que dice elocuentemente *El País*:

«¿Qué ha triunfado en Madrid? La libertad, la democracia; los que pusieron la turba en la charca, que dijo un chacharero insustancial.

«¿Quiénes han sido vencidos con humillación, con vilipendio, con escarnio, hasta con ridículo? Todas esas fuerzas que á sí mismas se llaman honradas, conservadoras, sustentáculo del altar, del trono, de la propiedad.

Han quedado ayer vencidos, corridos como monjes, manteados como Sancho, burados como maridillos necios, los carlistas, los clericales, los jesuitas, los barbilindos de la Defensa Social, los agustinos, las señoras que suscribieron en el palacio de Portugal aquellas protestas contra la ley Dávila, el A B C con sus telegramas mundiales y sus protestas patrióticas, los explotadores de los hechos vandálicos de Barcelona, por ellos provocados, los exhibidores del «bu» de la anarquía, los que llamaron «apaches» y farsantes á la intelectualidad europea, la buena prensa, la plutocracia de Domillas, la comunidad exgobernante; Cierva, el bufón, y Maura; sobre todo Maura, el necio, el vano, el imprudente retador del discurso del Senado.

«No contaba con la opinión? ¿Pues dónde se oculta esa opinión conservadora? Y ahora no vale decir que la clase neutra no vota, pues con el roncal de la ley la ha llevado el mismo Maura á los comicios.»

Si, sí; todo eso significa nuestro triunfo. Y esto además: el magullamiento de cuantos reptiles bullían en el charco infecto del clericalismo; reptiles que debemos aplastar del odio en las próximas elecciones de diputados á Cortes, para que comience la verdadera regeneración del pueblo español. Hay que acabar de una vez con esos que aspiran á convertir á España en una sacristía inmensa, donde el más hipócrita resulte el más virtuoso, el más charlatán el más sabio, el más provocador el más valiente, y el más ladrón el más honrado... Venciéndolos en la batalla próxima, no volverán á levantar cabeza los falsificadores de la moralidad, los imitadores de la libertad, los profanadores de la honra nacional.

Y los venceremos, sin duda alguna: la victoria llama á la victoria. Creamos firmemente que la obtendremos, y el éxito coronará nuestro esfuerzo.

¡Llor entretanto á quienes han luchado valerosamente en estas elecciones para resu-

citar los bríos amortiguados del Pueblo español, y decirle:

¡Levántate y anda!

## Alcance del triunfo

Poblaciones donde las izquierdas han triunfado por completo, según los datos recibidos al cerrar este número:

Alicante, Arcos de la Frontera, Barcelona, Bilbao, Béjar, Borjas, Coruña, Castellón, Cartagena, Ferrol, Irún, León, Madrid, Málaga, Mataró, Miranda, Oviedo, Pueblo Nuevo, San Sebastián, Santander, Tarragona, Tarazona, Trebujena, Valencia, Vendrell, Valdepeñas, Zaragoza y otras varias.

El número de poblaciones donde la Concentración ha llevado concejales sin alcanzar el triunfo por completo, es muy grande.

En resumen: que el clericalismo ha sufrido un golpe terrible, y que nuestra consigna debe seguir siendo ésta:

¡Libertad y á ellos!

## ¡Equidad!... ¡Justicia!...

Dice Cristóbal de Castro en *El Liberal*:

«Los Sres. Maura y La Cierva siguen usando cada cual las mismas parejas de policía que antes.

Pero no las pagan ni un real. Las paga el Gobierno.

Así decían el día de la crisis:—«¡Ya nos las pagará el Gobierno!»

De manera que cada uno de esos señores le cuesta próximamente al país 120.000 pesetas al año, amén de las cesantías que cobran. Y fijo esa cantidad, por saber que cuando gobernaban tenía cada uno sesenta policías á su servicio para los tres turnos, entre ellos varios ciclistas.

Por cierto que no me explico cómo aquellos bravucones que escupían constantemente por el colmillo, aquellos fieros retadores de la opinión española, y aun de la europea, consienten hoy que sus enemigos los humillen concediéndoles, cual si se tratase de tímidas doncellas ó afeminados luises, la limosna de una protección policiaca; yo, en su puesto, lo hubiera tomado por ofensa sonrojadora. Por otra parte ¿qué es lo que temen? Los que tienen la conciencia tranquila porque obraron en justicia, jamás reciben atropellos de la sinrazón.

Pero vamos al asunto.

Y el asunto es, que protesto contra ese despilfarro escandaloso, que envuelve además una desconsideración inusitada conmigo. ¡Maura y La Cierva tantos, y yo tan pocos! ¡Ellos á sesenta policías por barba, y yo con cuatro solamente! Uno que vigila mi egregia persona de siete de la mañana á tres de la tarde; dos desde esta hora hasta las once de la noche, y otro desde las once hasta las siete del siguiente día. Esto me rebaja, esto me deprime, y si no se le pone pronto remedio, me verá obligado á renunciar á esa mi guardia, que me sirve á la vez de escolta cuando me traslado á la imprenta de mi querido amigo Domingo Blanco. Para poca salud, ninguna.

Comprendo que entre los señores aludidos y yo hay alguna distancia: la que media entre un periodista y un ministro, que no es mucha en ciertos casos; pero no me avengo á reconocer que haya cincuenta y seis policías de diferencia entre ellos y yo. Y como yo tengo mi amor propio también, ruego al Sr. Méndez Alanís, jefe superior de la Policía, que destine siquiera veintinueve á mi guarda y custodia, siete para cada turno, aunque esto indique que yo valgo dos terceras partes menos que el Sr. La Cierva, cosa que no habrá quien crea.

Y al complacerme, no sólo ganará fama de justo, sino que impedirá acaso una catástrofe. El despecho impulsa á veces al hombre más prudente hacia las fronteras de la locura, y quién sabe si, arrastrado por él, pudiese darme un día, ¡el Señor no lo quiere!, por entenderme con los *apaches intelectuales* de Europa, calificados de terroristas por los conservadores, para ver si entre todos inventáramos una bomba de fuerza tan potente, que pudiéramos con ella volar en un día á todos los honrados representantes del orden, la religión, la propiedad y la familia en España, bomba que tal vez me tocara colocar, y...

¡Horror me causa pensarlo! ¡Frio de muerte corre por mis venas ante esa idea macabra! Y

para ahuyentarla de mi cerebro, vuelvo á suplicar al Sr. Alanís que me proporcione inmediatamente esos veintinueve policías... ¡Con ellos seguramente estoy salvado! ¡Con los cuatro, irremisiblemente perdido! De lo que depende á veces la salvación de un hombre, la vida de una nación, el porvenir de la humanidad!

¡Ah! Se me olvidaba. Si pudiera ser, sin menoscabo de otros servicios, que entre esos veintinueve figurasen dos ciclistas, mi agradecimiento no tendría límites. ¡Poca importancia que me daría yo llevando uno á cada lado, yendo yo á pie!

## Política de los jesuitas

Quiénes son los jesuitas en política, según el General de los agustinos.

Este retrato está sacado de la carta del padre Vázquez á Roda, fechada en Roma á 21 Noviembre 1771. (M. S. de la Biblioteca del Instituto de San Isidro.)

«Es cierto que forma una congregación de hombres esta sociedad (*de jesuitas*) que ha hecho principal instrumento de su política la ficción, la mentira, y demás artificios perversos que han inventado los hombres más malvados.»

Los jesuitas en la política española.

El General agustino P. Vázquez (carta 71, tomo III) denuncia á Manuel de Roda que los jesuitas transportaron del continente su dinero á Inglaterra para costear la guerra contra España.

Cretineau-Joly, en su historia de la Compañía de Jesús, corregida por el General jesuita, tomo VII, cap. I, dice:

«Habiase roto ya en España la guerra de sucesión, y la Francia por un lado y la Alemania é Inglaterra por otro, se disputaban el trono de la península. Los jesuitas habían tomado partido por el nieto de Luis XIV, y ansiaban como aquel gran rey que no hubieran más Pirineos.»

Los jesuitas y el Ejército. Traición regular de los jesuitas.

Este informe es de un periódico intitulado *Bloc*, con la firma del judío Reinach, confirmado por Mr. Clemenceau en *Le Figaro* en uno de sus números de Febrero de 1901.

Relata una conferencia entre Reinach y el P. du Lac, jesuita harto célebre:

«El jesuita explicó que en lo más crudo del proceso Dreyfus, el General Boisdeffre se había echado á los pies del Padre, diciéndole: «Padre mío: bendígame como á un soldado que marcha al cuadro del fusilamiento»; añadiendo el jesuita, que mientras el general estuvo al frente del Estado Mayor del Ejército francés, iba á visitar todos los días al Padre, enterándole minuciosamente y de un modo especial del plan de movilización número 13.»

La Instrucción política secreta dada á los provinciales por el P. General Anderledy y que se lee anualmente á los Padres, prohíbe admitir pláticas sobre política «sin haber consultado antes con los prudentes del Instituto»; y todos están obligados á enterar al General.

## La caridad en la Iglesia

La manera más eficaz de combatir á la Iglesia, es publicar lo que han escrito curas, frailes, obispos y Papas, y han acordado los Concilios. En esos escritos y en esos acuerdos se revelan su espíritu y su esencia, se descubre lo embrutecedor de sus doctrinas y se evidencian sus torpes y egoístas propósitos.

Hoy he tropezado con el libro *Apostolado Seglar*, ó *Manual del Propagandista católico*, y voy á comentar algunos de sus párrafos, comenzando por estos de la página 100.

«Caridad es virtud sobrenatural que nos inclina á amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos por amor de Dios. Esta definición nos dice que caridad es amor.»

«De consiguiente, si para lograr el fin último de la verdadera caridad, que consiste en el servicio verdadero de Dios y en el provecho verdadero de mis hermanos, conviene que me muestre duro con ellos, esta dureza es caridad; si conviene para atterrarlos la acrada inyectiva de que tantos ejemplos nos han dejado los Santos Padres, esta acrada inyecti-

va, es caridad; si conviene la sátira mordaz que despelje como un asole, sátira á latigazos que tantas veces emplearon estos mismos Santos Padres, esta sátira que cruje y despelje como un látigo es caridad. Si conviene revelar flaquezas, es caridad revelarlas; si conviene sacar á la vergüenza ocultas fechorías, es caridad hacer enmudecer al hereje con ellas; si conviene herir y derribar altivas reputaciones, es caridad revolverlas en el polvo; si conviene lastimar honras é intereses, es caridad no respetar honras ni intereses.

«Dura parece esta doctrina, pero aparte de que hace mil novecientos años que la enseña y practica el catolicismo, aun en lo humano no se la encuentra sino muy lícita y natural. Honroso es en buena guerra hacer todo el daño posible al enemigo, y por todos los medios posibles destruirle ó por lo menos imposibilitarle; y se hace esto con mucha honra y sin falta alguna de la conciencia. Así cuando lo exige una guerra justa se talan los campos, se incendian las casas, se arrebatan los bienes. Y el brazo que hiera y que tales destrozos causa puede muy bien ser el brazo de un hombre de gran caridad puede ser el de un santo como San Fernando de Castilla, ó como San Luis de Francia ó como San Esteban de Hungría, ó como San Canuto de Dinamarca, ó como San Eduardo de Inglaterra, ó como otros ciento y mil que guerreros fueron, y blandiendo espadas y acaudillando ejércitos se ganaron la corona celestial.»

En la página 108, dice también el presbítero:

«No, no. Lucha es la nuestra y lucha de buena ley. Sed, pues, en ella fieros como leones, astutos como raposas, incansables en vuestro generoso ladrado como perros que olfatean el lobo en torno del combatido redil. Desconfiad de quien en medio de ese rudo pelear, que no es más que el *bonum certamen fidei* de todos los siglos, os aconseje temperamentos y transacciones, os recomiende consideración y respeto al enemigo. Al rendido que se pase á nuestra bandera dadle estrecho abrazo de hermano, que éste de veras lo es: mas al que contra vuestra santa fe se mantenga hostil y embravecido, guerra sin descanso, guerra sin cuartel. Esta es la práctica más alta y ennoblecida de la teológica virtud de la caridad. Así pelearon los santos y así vencieron. Así se luchó desde los Apóstoles hasta hoy en el Catolicismo. No queremos aprender nueva estrategia...»

Y añade en la página 118:

«¡Ah! Bien sabe Dios cómo quisiéramos al Propagandista de la verdad. Intolerante como ella misma. Si, no olviden esta prevención nuestros amigos. Sin aceptar ni de lejos la falsa caridad moderna, procuren sin embargo, hacerse cuan amables, cuan simpáticos puedan á sus propios adversarios. Poned cuanto podáis rostro alegre á todo el mundo, que nada hay que desacredite tan pronto una causa como el ceño y malhumor habituales de quien la predica ó defiende. Si os encontráis en una calle con un amigo y con un adversario, sea para éste vuestro más pronto y afectuoso saludo, porque al otro le tenéis ganado ya, y á éste le habéis aín de ganar.»

Y dice en la 120:

«Haced favores á cuantos podáis, pero tened á gran diéha poder hacerlos á quien disienta de vuestras ideas. ¡Oh que seguro camino es para apoderarse de todo hombre el hacerle esclavo de un beneficio!

«Amad del hombre á quien queráis ganar para Dios, no sólo su persona, sino todas las cosas que le son más allegadas. Hablad bien de su profesión, enteraos con placer de su familia, acariciad á sus niños. ¡Oh! los niños, ¡qué admirables auxiliares!

De manera que, según esa doctrina, que es la que la Iglesia *práctica*, aunque á veces predique la contraria, *mentir, injuriar, calumniar y matar* son acciones virtuosas y recomendables, siempre que se lleve la intención de salvar el alma de las víctimas. Por lo tanto, guárdense en adelante las víctimas de curas y frailes de quejarse ni protestar contra ellos; antes bien caigan de rodillas á sus plantas, en agradecimiento al interés que en su salvación se toman.

Admito la teoría, para que se vea si soy tolerante con las opiniones que no profeso. Y como siempre procuro que haya en lo que pienso, digo y ejecuto cierta lógica, la lógica va á obligarme desde hoy á disculpar todo lo que se haga contra frailes, curas, monjas y beatos y beatas adyacentes, siempre que se lleve la idea de anticiparles el goce de las celestiales venturas, ya que de su salvación no hay que ocuparse, pues la tienen harta ganada con la práctica constante de aquellas egregias virtudes.